3 1761 07802980 8

V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

PLUTARQUILLO

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LS
A

BIOGRAFIAS FESTIVAS

DE

PERSONAJES CÉLEBRES

POR

Vital Aza

262689
31 . 12 . 31

Ilustraciones de R. Marín

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ Y C.ª
Plaza de la Encarnación, 4
1901

AL QUE LEYERE

A quien leyere ú á quien oyere leer

En Dios y en mi ánima te juro, lector ú oyente amigo, que no pretendo con estos pobres trabajos pasar á tus ojos—ó á tus oídos—por un Plutarco y mucho menos que me tildes de erudito.

El que tú me creyeses lo primero más probara ignorancia de tu parte que vanidad de la mía, y bien sabe el cielo que conozco sobradamente tu discreción para que pueda atribuirte flaquezas que no tienes.

En cuanto á lo segundo, básteme recordarte que la erudición es manjar indigesto y empalagoso, y no estoy yo tan reñido con mi estómago que á sabiendas le propine un alimento tan pesado y de tan difícil cocción.

Propóngome únicamente entretener tus ocios, aprovechando los míos, y despertar en tu trabajada memoria fechas y recuerdos que ya tendrás olvidados de puro sabidos.

No veas en el tono zumbón de estas biografías asomo siquiera de irreverencia y menosprecio, y cuenta que las

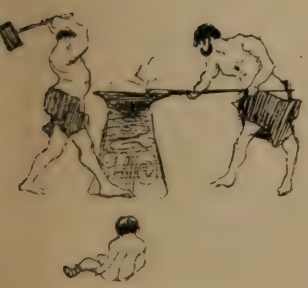
llamo «ligeras» porque no estaría bien que yo las bautizase de «pesadas». Confírmalas tú con el nombre que te plazca y agradéceme que te conceda prerrogativas de prelado.

Otórguete el Señor su gracia divina y á mí me preste la humana—que bien la necesito—y podamos tú y yo decir á la postre de estos trabajos lo que dijo el filósofo Ubite al terminar los suyos: «*Consciencia bene actæ vitæ multorumque beneficiorum recordatio jucundissima est.*»

Y después de este desahogo latino ya puedo decirte con orgullo que pases adelante.

DEMÓSTENES

DEMÓSTENES



El poeta nace y el orador se hace.

Esto es una preocupación vulgar.

Tomás Luceño, en sus comentarios á las *Oratoriæ Insitutiones* de Quintiliano, asegura que los oradores también nacen.

Y tiene razón.

Todos los historiadores afirman que Demóstenes, el primero de nuestros oradores... griegos, *nació* por el año 381 antes de J. C.

(J. C. quiere decir Jesucristo, no Julio César, como creen algunos.)

Su padre—el padre de Demóstenes, no el de J. C.,—honrado artesano y dueño de una de las principales fraguas de la localidad, había conseguido á fuerza de trabajos y de muchos sudores—¡como que el hombre no se separaba del fogón!—reunir una fortunita regular.

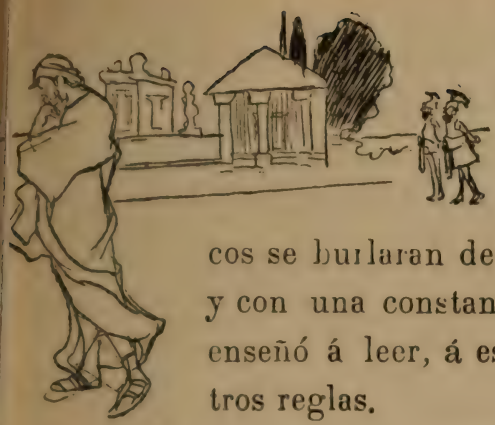
El chico del herrero—que así llamaban á Demóstenes todas las comadres de la vecindad—crióse muy anémico. Circunstancia que hizo dudar á un médico de Atenas de la eficacia del hierro para combatir la pobreza de la sangre, porque es lo que él decía:

—A un chico que se pasa la vida en una fragua podrá faltarle aire, pero lo que es hierro...

Y, sin embargo, Demóstenes se había encanijado.

Y además era tartajoso.

A los cinco años de edad sólo sabía decir *pa-pa*, *ma-ma* y *ta-ta*. En cambio, comprendía perfectamente el griego, y esto revelaba en el niño una inteligencia nada vulgar.



Su madre no le permitió ir á la escuela por temor de que los demás chicos se burlaran de él, y poco á poco y con una constancia de madre le enseñó á leer, á escribir y las cuatros reglas.

Ya se disponían á matricular al niño en la segunda enseñanza, cuando una horrible desgracia de familia vino á echar por tierra todos los proyectos. El herrero falleció repentinamente y, como consecuencia natural, Demóstenes quedó huérfano de padre.

Encargáronse de administrar su fortuna unos honradísimos tutores que en menos de un año se comieron hasta los clavos de la fragua, quedando viuda y huérfano á la luna de Tebas, como por entonces llamaban á la de Valencia.

Pobre y desesperado pasó el infeliz Demóstenes los primeros años de su juventud, viviendo casi de limosna. La debilidad de sus fuerzas físicas no le permitía

aceptar ninguno de los honrosos puestos que le ofrecían varios herreros, antiguos compañeros de su padre.

—Yo no he nacido para dar al fuelle—decía.—Aquí en mi cerebro bulle algo!

Y sumido en profundas meditaciones discurría constantemente por las calles de Atenas.

(He dicho que *discurría*, y aquí bien puede emplearse este verbo como activo. Quede la forma neutra para ciertos sabios del día, de los cuales puede decirse que *pasean*, pero no que *discurran*.)

Una tarde vino á sacarle de sus cavilaciones el clamoreo de los atenienses que llenaban la Plaza Mayor.

Dirigióse hacia allá y vió que una apiñada multitud aplaudía desaforadamente los brillantes períodos de un discurso que sobre *los derechos del hombre* pronunciaba uno de los más notables oradores de la época: un Castelar griego...

El hijo del herrero sintióse electrizado como todos, al oir aquella palabra maravillosa.

La gloria del tribuno, y más que nada

los aplausos de la muchedumbre, decidieron de su suerte.

—¡Seré orador!—se dijo. Y ya no pensó en otra cosa.

¿Quién sabe lo que habría sucedido si, en vez de ser un orador el que arrancaba aquellos aplausos, llega á ser, por ejemplo, un sacamuelas?

¡Quizás hubiera sido Demóstenes el primer dentista de la Grecia!

¡Inescrutables designios de la Providencia!

Pero no divaguemos.

Estábamos en que el joven desamparado y tartajoso aspiraba á ser el primer orador de su tiempo.

¡Orador un tartamudo! Esto parecía el colmo de la presunción y, sin embargo, no lo fué.

Los griegos eran así. Antojadizos de suyo y muy dados á vencer imposibles.

Lo primero que se le ocurrió á Demóstenes fué ir á casa de *Isócrates* á que le diese unas cuantas lecciones de oratoria.

Este Isócrates era un maestro de elocuencia á quien una enfermedad de la

aringe, de pronóstico reservado, impedíale pronunciar arengas en la plaza pública, viéndose precisado á hablar bajito, por lo que había abierto una cátedra de oratoria en su casa, dando además algunas lecciones á domicilio. Como el hombre no vivía más que de eso, cobraba á buen precio los honorarios, razón por la que el pobre Demóstenes tuvo que desistir de su propósito.

Pero no desmayó. Compró como pudo en los puestos de libros baratos todas las obras del maestro; las leyó y releyó sin descanso, y cuando ya se juzgó con fuerzas para ello, sentó plaza de orador.

El primer discurso se lo brindó á sus tutores. Citóles ante el juez por malver-

sación de caudales, y estuvo el chico tan inspirado y elocuente en su acusación, que aquéllos salieron condenados.

Orgulloso Demóstenes de su *debut*, y creyéndose un consumado orador, quiso intervenir en los negocios públicos.

Encaminóse á la plaza—donde á grito pelado se discutían aquellas cosas—y tomó la palabra. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Bien fuese por el *orgasmo*, como ya entonces se decía, ó bien por que el estado de la atmósfera desequilibrara el sistema nervioso del novel orador, es lo cierto que aquel día tartamudeó más que de costumbre.

El público que comenzó á oirle con suaves murmullos de protesta, acabó por obsequiarle con la grita más espantosa que se registra en los fastos de la oratoria griega. Demóstenes tuvo que suspender su discurso entre la rechifla general.

Otro menos animoso que él se hubiera achicado, pero nuestro hombre, que más que hijo de Atenas parecía natural de Ricla, recordando el *machaca, chico, machaca*, tantas veces oído en su niñez, hizo una

segunda tentativa... más desgraciada que la primera.

Aquello fué el acabóse. Voces, protestas, insultos... ¡un escándalo monumental digno del Partenón!

—¿Cuándo rompe á hablar ese tío?—decían unos.

—¡Que lo diga cantando para que no tropiece!—replicaban otros.

—¡Que le corten el frenillo!—gritaban los de más allá.

En fin, que el pobre Demóstenes salió corrido de la plaza y arrastrado por las mulillas de la indignación pública. (Y ustedes perdonen la metáfora.)

Aquel fracaso le amilanó por completo, y acaso habría llegado á renunciar para siempre á la gloria, á no encontrarse aquella noche á un amigo suyo, cómico de profesión, y por entonces *parado*.

—Oye, Demóstenes—le dijo éste.—No te desanimes por el meneo de esta tarde. Los oradores y los cómicos nos hacemos así, á fuerza de gritas. El que vale se impone en el *Foro* y el que no... que haga *mutis* por las puertas laterales.

—¿Luego tú opi... pi... pinas que yo pue... pue...?

—Tú puedes ser un gran orador y lo serás. Te sobran audacia, inspiración y talento. Sólo te faltan dos cosas: acompañar la palabra con el gesto y la acción, y frasear claro y sin intermitencias. De lo primero me encargo yo. De lo segundo te encargarás tú mismo; es cuestión de constancia.

Y dicho y hecho. A las pocas lecciones de aquel cariñoso artista dramático, ya Demóstenes dominaba la gesticulación y era dueño absoluto de sus brazos.

La irritabilidad de su sistema nervioso comunicaba constantemente á sus hombros unos movimientos convulsivos muy desagradables y contrarios á la dignidad oratoria.

Para triunfar de esta especie de baile de San Vito «se ensayaba en una tribuna estrecha sobre la cual estaba suspendida una pica» cuyos puyazos contenían las contracciones musculares involuntarias. El infeliz llegó á tener el cogote hecho una criba, pero venció á los nervios.

Quedábale sólo curarse de la tartamudez, y eso, como había dicho el cómico, era cuestión de constancia... y de chinitas.

Para ejercitarse en la difícil emisión de la voz y por no molestar á los vecinos, ¿qué dirán ustedes que ideó? Pues se mandó hacer una cueva en las inmediaciones de Atenas, y allí se pasaba temporadas de tres y cuatro meses con la boca llena de chinitas y echando discursos á las paredes.

Como el encierro se le iba haciendo muy penoso y la dificultad no estaba vencida todavía, llegó «hasta hacerse afeitar la mitad de la cabeza (¡estaría bonito!) para reducirse á la imposibilidad de presentarse en público».

¡Vamos, que el hombre lo había tomado con empeño! Pero al fin consiguió lo que deseaba, y á los dos años salió de la cueva con la lengua tan expedita como si en su vida se le hubiese atravesado una palabra.

Ya lo saben ustedes. El toro que no sirve, ¡al corral! El diputado que no rompa á hablar, ¡á la cueva!

Pero no terminaron aquí los ensayos de Demóstenes.

A fin de ensanchar sus pulmones y de ser por lo tanto un orador de grandes alientos, pronunciaba discursos á voz en cuello y corriendo cuesta arriba por las montañas hasta echar los bofes. ¡Y si sería robusto el hombre cuando, á pesar de su encanijamiento, no reventó con tales ejercicios!

Sólo le faltaba ya para completar su educación física, acostumbrarse á soportar con valor las protestas del auditorio, y para esto se le ocurrió una idea verdaderamente peregrina.

Cuando el cielo estaba tempestuoso y el mar embravecido, se iba á la playa, y allí, frente á las rompientes de las olas, improvisaba arengas insultando á los elementos... ¡Y claro! Ni una sola vez tuvo que rectificar. Las olas le oían como quien oye llover, y Demóstenes se marchaba á su casa orgulloso de su triunfo y con una mojadura por sesión.

Al tener noticia de estos ridículos ensayos decía el cómico de marras:

—¡Vaya con Demóstenes! ¡Al demonio se le ocurre! ¡Arengar á las olas! Ante un auditorio como ése me atrevo yo con todas las tragedias del mundo. ¿Pero ante un publiquito? ¡Vamos, hombre!... Cuando un público grita y patea, ¡me río yo de los elementos!

Es lo cierto que Demóstenes, á vuelta de mucha perseverancia y de repetidos estudios, pudo presentarse un día en la plaza hecho todo un tribuno de cuerpo entero.

Cuando comenzó á hablar, el pueblo le escuchaba con justificado recelo; pero apenas concluído el brillantísimo exordio, ya el orador se había metido al público en el bolsillo... (Si es que las túnicas de los griegos tenían bolsillos, que no lo sé, porque no estoy fuerte en indumentaria helénica.)

Desde aquel día ya no se habló en Atenas de otra cosa, y siempre que los carteles anunciaban un discurso del nuevo tribuno había hasta bofetones por entrar en la plaza, y los revendedores hacían su agosto.

Demóstenes la había tomado con el rey Filipo de Macedonia, cuyo ejército era un peligro para la independencia de los grie-

gos, y tales cosas dijo en las cuatro *filípicas* que le soltó, que puso á Filipo que no habia por donde cogerle. Los atenienses, envalentonados con estas arengas, lanzáronse á combatir al de Macedonia.

Demóstenes, que predicaba con el ejemplo, iba siempre á la vanguardia.

Al principio todas fueron victorias para los atenienses, pero ¡ay! llegó la batalla de Queronea, y al ver que el santo se les volvía de espalda, volvieron ellos las suyas y apretaron á correr.

Hay quien asegura que Demóstenes fué ¡de los primeros en huir!

Naturalmente. Un hombre como él no podía ser nunca de los últimos.

Aquel rasgo de valor... relativo no perjudicó en nada la fama de Demóstenes,

pues, como dijo el otro, y si no lo dijo nadie, lo digo yo:

Bien puede un hombre ser gran orador.
y no tener ni pizca de valor.

Y viceversa.

Después de todo, el pobre hizo luego lo que cabía hacer: una elocuentísima oración fúnebre de los que habían perecido en el combate, y váyase lo uno por lo otro.

Murió Filipo, y le sucedió... lo que tenía que sucederle: un sucesor, Alejandro.

Demóstenes siguió diciendo pestes de este rey como las había dicho del anterior.

Alejandro, que no tenía pelo de tonto, prometió no marchar sobre Atenas á condición de que habían de enviarle diez oradores de los que más le hubiesen maltratado en sus discursos, y en primer lugar el caballero de las *Filípicas*.

Demóstenes, que, como persona bien educada, no se mamaba el dedo, y que estaba aquel día de buen humor, contestó al mensaje de Alejandro con una fabulita: la de *Los Lobos*. Ya la recordarán ustedes. Es aquella en que unos lobos proponen á unas ovejas un tratado de paz á condición de que ellas les entreguen los perros que las acompañan. Las infelices aceptan la proposición, y entonces los lobos, al verlas sin guardianes, se echan sobre ellas y las devoran tranquilamente.

Como final añadía Demóstenes:

«Saque ahora el más bobo
la moraleja.
Ni Alejandro es un lobo
ni yo una oveja.»

Me parece que la fabulilla podría no tener gracia, pero lo que es intención...

Ya había llegado nuestro orador al apogeo de su gloria y disponía á su antojo de los destinos de Grecia, cuando un ciudadano llamado *Tesifonte* propuso que el pueblo regalase á Demóstenes una corona de oro en pago de los muchos servicios que le debía.

Francamente, la idea de regalar una corona al defensor de una república sólo podía ocurrírsele á un hombre que se llamaba *Tesifonte*.

Por eso *Esquines*, orador tan notable como envidioso, se aprovechó de la proposición del regalito para pronunciar una acusación tremenda contra su rival.

Ya casi había convencido á su auditorio, cuando se adelanta Demóstenes; pide la palabra, ¡y boca abajo todo el mundo! ¡Aquél sí que fué *discurso de la corona*, y no los que llevamos leídos en España desde que hay monarquía constitucional!!

Resultado: un nuevo triunfo para nuestro héroe y un revolcón espantoso para *Esquines*, que tuvo que salir desterrado de Atenas, no sin que antes Demóstenes

le obligase á aceptar algún dinero para el viaje.

¡Ejemplo de magnanimidad digno de ser imitado en estos tiempos!

Pero ¡ay! los caracteres mejor templados son débiles á veces, y aquel coloso de la elocuencia, aquel varón sabio é integérrimo tuvo una debilidad.

Habíase establecido en Atenas un teniente general de Alejandro llamado *Harpalo*, gobernador cesante de Babilonia. Dueño de una fortuna inmensa, no se paraba en barras... de plata, y á toda costa procuraba granjearse amigos y aliados.

Demóstenes le había llamado públicamente *corruptor de mayores* y aconsejaba á los atenienses que expulsaran de la ciudad á aquel huésped peligroso.

Harpalo, que era un tuno muy largo, consiguió atraerse al temible orador, y ¡oh dioses inmortales! ¡le sobornó con una copa de oro y veinte talentos!

Convengamos en que el hombre se hizo pagar carito. ¡Veinte talentos! ¡Por uno solo se hubieran vendido algunos de nuestros políticos!

Desde aquel día no volvió á decir Demóstenes ni una palabra del *corruptor*, y para no verse expuesto á hablar en la plaza faltando á lo convenido con Harpalo, salía á la calle con tapabocas, pretextando una enfermedad de la laringe.

Los atenienses se olieron la tostada y le acusaron públicamente. Él con todos sus talentos no supo disculparse, y el juez decretó inmediatamente la prisión de Demóstenes.

Por fortuna para él, las cárceles de entonces estaban tan bien custodiadas como las de ahora—que en eso no hemos adelantado nada,—y á los pocos días de encierro logró fugarse tranquilamente.

Pasó algunos años lejos de Atenas, completamente aburrido, pues ya no podía vivir sin pronunciar tres ó cuatro discursos diarios. Así es que, muerto el rey Alejandro, hízose conspirador y anduvo de pueblo en pueblo arengando á las masas para que recobraran sus perdidos derechos.

Los atenienses, que cambiaban de opinión con mucha facilidad, al tener noticia de los trabajos de propaganda de Demóstenes, dieron al olvido lo pasado, y le suplicaron que volviese á su patria, recibiéndole á su entrada en Atenas con repique general de campanas, arcos de triunfo y fuegos artificiales.

Pero no hay bien que cien años dure.

Antipatro, sucesor de Alejandro, habiendo sometido á varios pueblos, marchó sobre Atenas, anunciando á Demóstenes que se verían las caras; pero nuestro orador que no tenía ganas de conocer personalmente á *Antipatro*—ó *Antipático*, como él le llamaba,—lió la maleta y tomó á escape las de Villadiego.

Llegó hasta la isla de Calauria, perseguido siempre de cerca por las tropas del invasor, hasta que viéndose ya cogido y cansado de tanto correr, buscó asilo en un templo del dios Neptuno.

En vano desde la puerta le mandaban salir, prometiéndole que no le harían nada.

Demóstenes contestó con entereza que

no le daba la gana, y para desmentir á los historiadores que más tarde pusieran en duda su valor, sentóse tranquilamente al pie del altar, y fingiendo que iba á escribir una carta á la familia, sacó una pluma y bebió de un sorbo todo el veneno que encerraba en ella para cuando llegara el caso. Cubrióse la cabeza con la clámide y esperó recostado á que el tóxico empezara sus efectos, y apenas sintió los primeros dolores, se levantó tambaleándose y fué á expirar á la misma puerta del templo, para no profanar con su cadáver aquel sagrado recinto...

¡Así murió el orador más grande de la antigüedad! ¡Como mueren las personas de vergüenza!

Tenía cincuenta y nueve años y algunos meses.

Los atenienses, que después de la desaparición de Demóstenes abominaron de él condenándole á muerte y llegando á dudar de su talento y hasta de su elocuencia, al saber tan heróico suicidio, le tributaron toda clase de honores, erigiéndole una estatua con esta dedicatoria: «*A*

Demóstenes, el varón más justo, más sabio, más elocuente y más honrado de la Grecia.»

A cuya inscripción agregó un poeta satírico de la época el siguiente dáctilo: «*¡A buena hora mangas verdes!*»

PETRARCA

PETRARCA

Comenzaba el siglo XIV; como quien dice, el otro día.

Las luchas políticas en Italia se habían encarnizado.

Los güelfos y los gibelinos, ó sean los *papistas* y los *imperiales*, andaban á la greña.

Pietro ó *Petracco di Parenzo*, padre de Petrarca, figuraba en la fracción más exaltada de los güelfos. Era más papista que el Papa.

Las circunstancias le obligaron á salir

de Italia y fué á refugiarse en Avignon, corte pontificia en aquella época.

Pietro estaba bastante mal de recursos. La vida en Avignon era muy cara y resolvió trasladarse con su familia á Carpentras.

Petrarca tenía entonces siete años, pues esto que decimos ocurría el año 1311 y él había venido al mundo en Arezzo el 19 de Julio de 1304.

Su nombre de pila era Francisco, y así le llamaron siempre sus padres; pero al chico se le antojó que llamándose *Paco* ó *Petraquillo,* como le decían algunos, no lograría inmortalizarse, y adoptó para sus trabajos literarios el pseudónimo de *Petarca.*

Así le llama la historia, y así le llamaremos nosotros.

Y conste que no le anteponemos el artículo *el* porque eso nos parece una falta de respeto y de consideración.

Yo no sé que nadie haya dicho nunca *el Shakespeare, el Voltaire, el Camoens* ni *el Cervantes,* y, sin embargo, todos decimos *el Dante, el Petrarca, el Tasso* y *el*

Ariosto, con la misma frescura que si se tratara de *el Litri, el Chuchi, el Morros* y *el Picalimas...*

Y ahora volvamos á Carpentras.

El joven Paco comenzó sus primeros estudios bajo la dirección del cariñoso y y seráfico maestro de escuela don *Convenévole da Prato.* Desde muy niño se despertaron sus aficiones literarias, y en vez de estudiar los libros de texto, se sabía de memoria á Virgilio, á Cicerón y á los poetas provenzales.

Versificaba con una facilidad pasmosa y lo mismo componía una égloga en latín que una oda en italiano.

La familia estaba á matar con esta monomanía literaria, y á más de un soneto del chico agregó el padre un buen capirotazo como estrambote.

Terminada la primera y segunda enseñanza en Carpentras, mandaron al muchacho á cursar Derecho y Teología á las Universidades de Montpellier y de Bolonia.

Petrarca estudiaba porque ese era su deber, pero aborrecía el Derecho.

«Estoy muy aburrido—escribía una vez

»á un amigo suyo.—¿Qué voy yo ganan-
»do con saber que *un solo testigo equivale*
»*á ningún testigo*, que *la lesión enormísima*
»*equivale á dolo*, y que *es injusto conside-*
»*rar como contrato lo que se pacta con error*?
»Te digo que estos aforismos jurídicos
»me cargan extraordinariamente, y pues
»hay otro que dice que *nadie está obliga-*
»*do á cumplir lo imposible*, á él me agarro
»y que mis padres me perdonen. A mí
»que me dejen hacer versos, y todo lo
»demás son tonterías...»

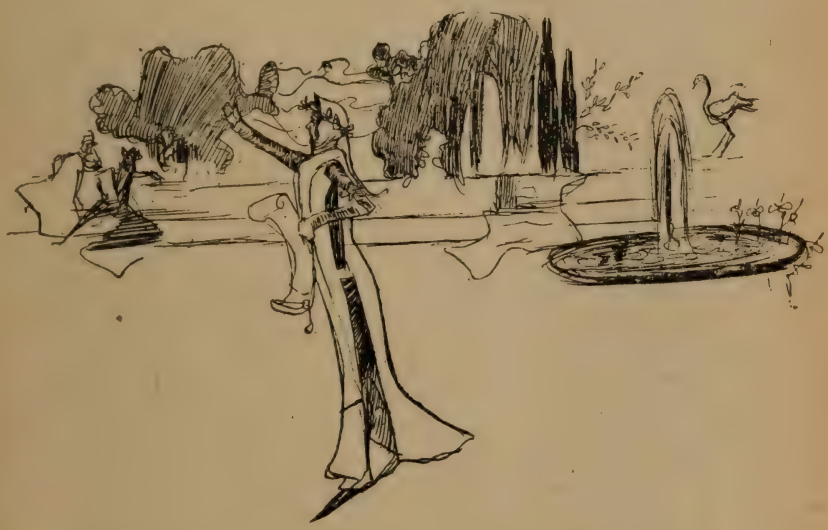
Llegó el año 1325. Una terrible epidemia de cólera morbo (que por entonces no se sabía cómo se curaba... ni ahora tampoco) diezmó á los vecinos de Carpentras. Los padres de Petrarca fueron de las primeras víctimas.

Huérfano y solo, el pobre muchacho dedicóse de lleno á la literatura; pero como no tenía bienes de fortuna y los periódicos no le pagaban los versos que le publicaban, vióse obligado á tomar una resolución heróica ¡Abrazó la carrera eclesiástica!

Es decir, se hizo cura á medias, pues sólo recibió la primera tonsura.

Siguió en Bolonia publicando muchos trabajos literarios, pero los *bolonios* no le hacían justicia y decidió volver á Francia, estableciéndose en Avignon en una modesta casa de pupilos.

Su extraordinaria disposición para la poesía latina fijó la atención del Papa Juan XXII.



Entonces comenzó su verdadera fama de poeta y aun de filósofo, y entonces ¡ay! conoció á *Laura*.

Este ¡ay! está puesto con su cuenta y razón, por lo que verán ustedes si siguen leyendo.

Era el día de Viernes Santo de 1327. Petrarca asistía á los sagrados oficios que se celebraban en la iglesia de Santa Clara. Estaba completamente abstraído en sus oraciones, cuando, al volverse para coger el devocionario que se le había caído se fijó en una joven hermosísima que estaba arrodillada detrás de él. Verla y amarla fué obra de un momento. Los ojos de aquella muchacha encantadora le habían herido en lo más profundo de su alma. Desde aquel instante el pobre seminarista perdió la devoción... y hasta el devocionario.

Terminados los oficios, la joven abandonó el templo y Petrarca salió detrás.

La chica, que iba acompañada de su doncella, recorrió varios comercios de la ciudad, pero no sin volver de vez en cuando la cabeza para cerciorarse de si aquel joven la seguía. Fatigada de dar vueltas, sentóse á descansar á la sombra de unos tilos. Petrarca llegó á su lado, y venciendo su natural timidez, con voz trémula y ahogada por la emoción, le dijo:

—Señorita, perdonad mi atrevimiento, pero ¡yo os amo!

—¡Caballero!.

—¡Sí! ¡Yo os amo! Sólo hace una hora que tuve la dicha de veros en Santa Clara, y ya ardo en deseos de expresaros lo que siento en mi corazón.

—Pero, caballero, por Dios...

—No me rechacéis, porque eso sería hacerme el hombre más desgraciado de la tierra.

¡Sois mi primer amor!

—¿Es posible?

—¡Os lo juro!

—Bien; pero comprended que sin saber quién sois...

—Tenéis razón. Os diré mi nombre. Yo soy Petrarca.

—¿Cómo? ¿El poeta?

—¿Qué? ¿Me conocéis?

—¡Ya lo creo! He leído muchas cosas vuestras.

—¿Mis versos latinos?

—¡Justo! Yo no los he entendido, pero deben de ser preciosos.

—¡Oh, gracias! Desde hoy todos los

acordes de mi lira serán para vos y nada más que para vos.

—Muchas gracias.

—¿Puedo saber cómo os llamais?

—Laura.

—¡Hermoso nombre! ¿Vivís en Avignon?

—¡No! Vivo con mi padre, con el señor Chaveau, en Vanclusse, un pueblecito inmediato. Allí tenemos una magnífica posesión. Mi padre es muy rico.

—¡Oh! No me habléis de riquezas. Yo soy pobre, muy pobre. Pero guardo, en cambio, en mi alma un tesoro inagotable de ternura y de cariño.

—Perdonad. Es tarde y necesito partir.

—¿Nos veremos?

—¡Nos veremos!

—¡Adiós, mi Laura!

—¡Adiós, mi poeta!

Y se separaron.

Esto, como decimos, ocurrió en 1327. Es decir, que Petrarca tenía entonces veintitres años. ¿Ustedes creerán que Laura era poco más ó menos de esta edad? Pues no, señor. ¡Asómbrense ustedes!

Laura, la divina Laura, sólo tenía *doce años*.

Todos los historiadores están conformes en este dato, y yo no hago más que mostrar mi extrañeza ante la precocidad de las chiquillas de Vanclusse.

Lo cierto es que Petrarca cumplió su juramento. Desde aquel día tuvo una musa más. Mejor dicho, sólo tuvo una musa: la señorita de Chaveau.

Las innumerables poesías que le dedicó fueron la comidilla de todos los cortesanos de Avignon.

El Papa Juan XXII, que apreciaba mucho á Petrarca, le animó á que se casara con Laura, pero él exclamó: «Eso ¡nunca! La quiero demasiado para pensar en el matrimonio. Mi amor es ideal. Los poetas adoran á sus musas, pero no se casan con ellas».

Y no hubo medio de convencerle.

Se encerraba en su casa, y sonetos van y sonetos vienen, se pasaba la vida pensando en su Laura.

Su amigo *Colonna*, deseando curarle de aquella chifladura, le obligó á salir de Avignon, llevándoselo á viajar por Francia, Bélgica y Alemania. Pero inútilmente. Todos sus versos estaban dedicados *A mi Laura, A los labios de Laura, A los ojos de Laura, A la ausencia de Laura*... vamos, que aquello era una *lauromanía* imposible de curar.

Y pasaban los años.

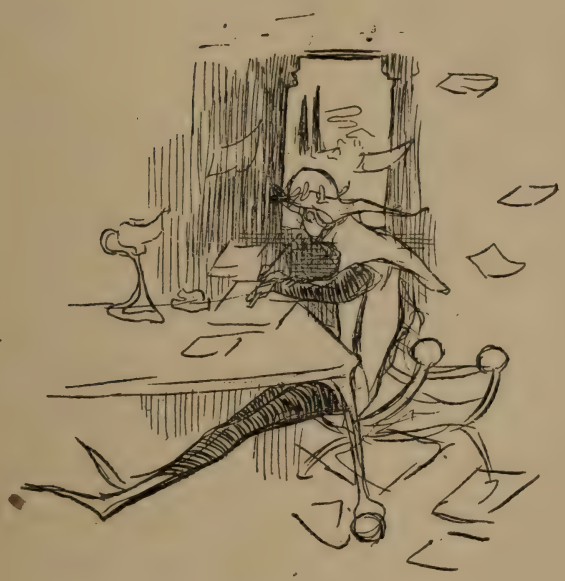
Juan XXII, primero..... digo, no, porque esto parecen las señas de una casa.

Primero Juan XXII y después Benito XII, su sucesor en el Pontificado en-

cargaron á Petrarca de varias comisiones delicadas.

Su reputación de literato y de historiador era ya universal.

La brillante defensa que hizo en favor



del Príncipe de Parma, Azzo di Correggio, acrecentó su reputación.

En 1337, y después de una excursión á los Pirineos y á algunos puertos de España, volvió á Avignon y se encerró en Vanclusse, donde compró una casita.

Allí, cerca del palacio de su adorada, pasó tres años, contentándose solo con verla desde lejos.

En aquellos tres años dedicó á Laura la friolera de doscientos sonetos y cuarenta canciones. ¡Ya estaría satisfecha la muchacha!

Estas poesías circularon por toda Europa.

Los príncipes y magnates de todos los países solicitaban la amistad de Petrarca.

En un mismo día del año 1341 recibió dos cartas: una del Rey de Francia y otra del Senado de Roma, ofreciéndole la corona de laurel como el primer poeta de su siglo.

Petrarca se dijo entonces: «Necesito dos coronas. La del sacerdote y la del poeta. ¡A Roma por todo!» Y á Roma fué, y después de recibir las sagradas órdenes—con gran sorpresa de Laura, como era natural, — se decidió por la *apoteosis*.

Oigan ustedes cómo la describe uno de sus biógrafos:

«El día de Pascua por la mañana, Petrarca oyó misa en San Pedro, y después le condujo un obispo, acompañado de la nobleza romana, al palacio de los señores Colonnas, donde se celebró un banquete magnífico. El maestro de ceremonias hizo leer públicamente algunas de las obras del poeta. Después revistieron á Petrarca con el traje del tiempo.»

Verán ustedes que trajecito: «Le pusieron en el pie derecho el coturno trágico y el zueco cómico en el izquierdo. Le cubrieron el cuerpo con una túnica de terciopelo bordada en oro, con cola larga y plegada alrededor del cuello. Un cinto guarnecido de brillantes la sujetaba sobre el pecho. Encima de la túnica le colocaron un manto de raso de plata, como el de los emperadores. En la cabeza le pusieron una mitra cuajada de piedras preciosas, y al cuello una cadena de oro macizo de la que pendía una lira de marfil. Una jóven doncella, cubierta con una piel de oso y con una tea encendida en la mano izquierda, llevaba la cola del manto».

¿Eh? ¿Qué tal? ¡Ni que fuese el protagonista de una zarzuela de espectáculo!

«Le colocaron después sobre una carroza adornada con riquísimos tapices y guirnaldas de yedra, laurel y mirto. La silla en que le sentaron estaba sostenida por las figuras de un león, un grifo, un elefante y una pantera. Multitud de niños representando los *Amores* corrían alrededor del carro con las *Tres Gracias* y *Baco*».

Pasemos por lo de las Gracias, pero se nos figura que lo de Baco no le haría ninguna gracia al poeta.

«Iban luego las alegorías *Trabajo*, la *Pereza*, la *Miseria*, la *Irrisión* y la *Envidia*, y detrás de todas ellas un numeroso coro de *sátiros* y de *ninfas*. Con este séquito fué Petrarca hasta el Capitolio. Las casas ostentaban ricas colgaduras y las calles estaban sembradas de flores. Todas las damas, vestidas con gran lujo, estaban en los balcones y arrojaban rosas y perfumes sobre el carro y el poeta. Pero ¡ay! en medio de tanta alegría hubo una tristísima contrariedad. Una mujer, to-

mando equivocadamente una botella de *agua fuerte* en lugar de una de agua de rosas, la derramó precisamente sobre la cabeza de Petrarca, lo que le volvió calvo para el resto de su vida».

La verdad, no nos explicamos esto. Si el poeta llevaba puesta la mitra, ¿cómo pudo caerle sobre el cuero cabelludo aquel líquido corrosivo? Pero, en fin, los historiadores lo aseguran y no debemos discutir cuestión tan *peliaguda*.

El pobre señor aguantó pacientemen-temente la rociada, y siguió la ceremonia hasta que llegaron al Capitolio, donde después de ser aclamado por el pueblo, le colocaron sobre la cabeza nada menos que tres coronas, una de laurel, otra de mirto y otra de yedra. Suponemos que antes le curarían las quemaduras.

Por la noche hubo una abundante cena en casa de los Colonnas, y después gran baile, en el que, al decir de todos los biógrafos, Petrarca bailó con las principales damas de Roma.

¡Bailar un sacerdote!... Pero, en fin, por nosotros que baile. Ya hemos dicho

que no nos gusta discutir con los historiadores.

Así terminó la coronación del famosísimo poeta.

Pero... observamos que van ya escritas diez cuartillas, y es preciso abreviar, porque si no vamos á tener Petrarca para rato.

Después de su triunfo, se fué á Padua, y de allí á Milán, donde recibió la noticia de la muerte de su idolatrada Laura. En poco estuvo que enfermase, porque la amaba todavía, y se consoló escribiendo otro centenar de sonetos á su muerte, es decir, á la muerte de Laura. Viajó durante doce años por Europa; volvió otra temporadita á Vanclusse, regresó á Italia, y por fin, después de haber ocupado importantes cargos oficiales, se retiró á Arqua, donde le sorprendió la muerte estando escribiendo en su biblioteca. Murió á los setenta años. Dejó sin concluir un soneto á Laura. No pudo llegar más que hasta el primer terceto.

Y ahora vamos á cuentas. Cuando conoció á su amada tenía Petrarca veintitres años. Murió á los setenta, luego es-

tuvo pensando en Laura por espacio de ¡cuarenta y siete años!

Ya es constancia, ¿verdad? Pues oigan ustedes ahora una cosa en secreto, pero muy en secreto, para que la pobrecita Laura no se entere desde el otro mundo.

Petrarca, el gran Petrarca, el romántico y castísimo Petrarca... ¡tuvo un lío con una señora de Avignon! Y de este lío resultaron ¡dos hijos naturales!

Francamente, uno podría habérsele disculpado, porque nadie está libre de una mala tentación, pero lo que es dos...

¡Fíense ustedes ahora de los poetas enamorados!

SÉNECA

SÉNECA

Lucio Anneo Séneca, hijo de Marco Anneo Séneca, álias el *Retórico,* vió la luz primera en la ciudad de Córdoba.

Algunos historiadores aseguran que nació el año 6 antes de Jesucristo; pero otros afirman que no vino al mundo hasta el año 2 de nuestra era.

Lo que está perfectamente comprobado es que Séneca el estóico nació muchos años antes que su ilustre paisano, el no menos estóico *Lagartijo.*

Demostró desde niño las más felices disposiciones para el estudio, obteniendo

siempre los primeros premios en las escuelas cordobesas.

Aficionado á la oratoria, dedicóse á discursear y, aleccionado por su padre—que hablaba muy bien, aunque con marcado acento andaluz,—alcanzó grandes triunfos en los colegios, declamando sobre las

necesidades de la enseñanza y ventajas higiénicas de las vacaciones.

Era preciso pensar en su porvenir.

—¿Qué quieres ser, hijo mío? le preguntó un día su padre.

—¡Filósofo!—contestó Lucio con orgullo.

—¡Muy bien! ¡Así me gusta!—exclamó Marco abrazando cariñosamente á su hijo.—Mañana mismo saldremos para Roma.

Y allá se fueron en busca de fortuna.

Hay que advertir que en aquella época el ser filósofo era ser algo.

Quisiera yo ver la cara que pondría hoy el padre que, al preguntar á su hijo qué carrera deseaba seguir, le contestara éste que quería ser *filósofo*... ¡No es puntapié el que se llevaba la criatura!

Pero en fin, por algo han variado las costumbres, y alguna diferencia ha de haber entre los tiempos de Lucio Anneo y los de Rafael Molina.

Volvamos á Séneca.

Fotino y *Sociòn* de Alejandría, célebres filósofos estóicos, fueron sus maestros. El estoicismo, fundado por Zenón, sostenía que la moralidad y la virtud eran los únicos bienes de este mundo; que el sabio era un Dios, y

que los hombres se dividían en dos clases: buenos y malos. Es decir, *buenos* los que sabían y *malos* los ignorantes.

Con permiso de Zenón
y de su filosofía,
yo creo una tontería
esa clasificación.
Pues bien puede un ignorante
ser un hombre muy honrado,
y hay quien sabe demasiado
y es, por lo mismo, un tunante.

Séneca, que, acá para *inter nos*, tenía mucho de *chiflado*, defendió la doctrina zenoniana con más entusiasmo, si cabe, que su propio fundador. Y pareciéndole poco esto para lograr la completa perfección, entregóse de lleno á las prácticas pitagóricas, excluyendo de su alimentación *todo lo que tuviera vida*. En una palabra, que no comía carne ni pescado. Porque el hombre decía, y decía bien: «Si la metempsícosis es una verdad, ¿quién me asegura á mí que al comerme unas chuletas de cerdo ó unos riñones de ternera, no me trago el alma de algún individuo de mi familia que no haya lle-

gado aún á su completo estado de purificación?»

¡Preocupaciones filosóficas muy dignas de respeto!

Las frutas y las legumbres eran, pues, su único alimento. Devoraba con deleite grandes platos de acelgas y se relamía de gusto ante una ensalada de lechuga.

Es de presumir que con tales viandas no echaría el hombre grandes pantorrillas.

Decidido á figurar en política, dedicóse al Foro. Pronunció algunos discursos verdaderamente notables, y hubiera llegado, con su elocuencia, á ganarse la jefatura de algún partido, si el temor de excitar la envidia de Calígula, que tenía

también sus pretensiones de orador, no le hubiese obligado á retirarse por el foro.

Como se ve, nuestro filósofo era hombre prudente y enemigo de cuestiones personales.

Pasaron unos años; murió Calígula y sucedióle Claudio I, esposo de Mesalina.

Séneca, con toda su sabiduría y estoicismo, hizo entonces lo que un mortal cualquiera: pidió cartas de recomendación y solicitó un destino del gobierno.

Mesalina, que era la que llevaba las riendas del imperio, pues Claudio había quedado reducido á la categoría de un *emperador bragazas*, concedió á Séneca el cargo de cuestor.

Cobró su sueldo tranquilamente algunos años sin que nadie pudiera reprocharle una falta en el cumplimiento de su deber, y ya estaba indicado para un ascenso, cuando empezó á susurrarse por Roma que Séneca andaba en líos con Ju-

lia-Livila, viuda de Vicinio, uno de los que más le habían favorecido en la cuestura.

La noticia podría ó no ser cierta, pero los enemigos de Séneca se aprovecharon de ella para acusarle, y el infeliz filósofo fué desterrado á la isla de Córcega.

Por lo visto, los líos con las viudas eran considerados en aquella época como delitos de lesa majcstad.

Parecía natural que un hombre del temple de Séneca soportara con resignación las amarguras del destierro; pero no fué así.

«Conservamos — dice Crevier — una obrita suya, escrita en Córcega, que hace muy poco honor á su filosofía.»

No conozco esa obra (ni me importa), pero cuando Crevier lo dice...

Lo cierto es que Séneca, ansiando lograr su indulto, se humilló hasta el extremo de dirigir á Claudio una carta en la que imploraba su perdón, le colmaba de elogios y hasta le llamaba sabio... ¡Sabio el esposo de Mesalina, cuando á Séneca le constaba que el pobre

Claudio era más bruto que un cerrojo!

Francamente, esto podría ser muy práctico, pero era poco estóico.

Y práctico tampoco lo era, pues Claudio se llamó andana, y Séneca continuó desterrado.

Por fortuna para él... y para muchos, murió Mesalina y la politica tomó otro sesgo.

Agripina, madre de Nerón, se casó con su tío Claudio y llamó á Séneca para que se encargara de la educación de su hijo, á quien quería elevar al imperio.

Al principio todo iba perfectamente. El chico obedecía los consejos de su preceptor y prometía ser un emperador modelo.

Pero aquella felicidad fué poco duradera.

El jóven Nerón tenía la piel del diablo, y harto de consejos y de filosofías, lanzóse á cometer toda clase de horrores, despidiendo al maestro con cajas destempladas.

A Séneca no le llegaba la camisa al cuerpo (suponiendo que llevara camisa, que sí la llevaría).

Y tenia motivos para estar escamado. Nerón le odiaba á muerte. Creyó ver en las doctrinas sustentadas por el filósofo

una censura de sus vicios y mandó á uno de sus libertos, llamado *Cleónice*, que le diese jicarazo.

Cleónice no pudo realizar sus criminales propósitos, porque Séneca *se la olió* y comía sus legumbres con grandes precauciones.

La situación era insostenible. La conducta del tirano—que ya había asesinado á su madre y á otros individuos de la familia — irritó á los pacientísimos romanos.

El honrado *Pisón*, hombre de acción, fué el jefe de la conjuración contra Nerón. Y tenía razón.

Séneca, que por aquella época ya se había casado con la virtuosísima Paulina, se retiró á la vida privada, yendo á habitar una magnífica casa de recreo que había adquirido en las inmediaciones de Roma. Porque, eso sí, nuestro filósofo encomiaba la pobreza, pero le gustaba vivir con ciertas comodidades.

Decidido Nerón á deshacerse de su antiguo maestro le envolvió en la conjura de Pisón.

Llamó á *Granio Silvano*, tribuno de una cohorte pretoriana, y le dijo.

—Vete á ver á Séneca, y díle de mi parte que le condeno á muerte.

—¡Señor! No está probado que Séneca...

—¡Silencio! ¡A mí no se me replica¡ ¡Lo he dicho y se hace! ¡Ni más, ni menos!

—Está bien; serás obedecido.

Y Silvano, seguido de sus guardias, fué á casa de Séneca.

Estaba este muy tranquilo de sobremesa, con su mujer y varios amigos, cuando le anunciaron la llegada del tribuno.

—Que pase—dijo en seguida, y dirigiéndose á sus comensales preguntó:—¿Qué ocurrirá?

—Alguna brutalidad del emperador—contestó uno.

Y apareció Silvano en la puerta del comedor.

—Adelante amigo Granio. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada agradable, amigo Séneca.

—¿Quieres tomar algo?

—Gracias. Acabo de comer.

—Pues dí pronto el objeto de tu visita.

—¡Una friolera! El emperador... tú ya conoces al emperador.

—¡Demasiado!

—Bueno. Pues el emperador acaba de decretar tu muerte.

—¡Infame!

—¡Cruel!

—¡Canalla!

—¡Animal!—gritaron á coro los amigos.

—¡Silencio!—dijo Séneca, imponiéndose á todos.—¿El emperador me manda morir? ¡Bueno, pues moriré! Así como así, hace ya tiempo que deseo abandonar esta vida miserable. Paulina, esposa mía

—¡Yo quiero morir contigo!

—¡Corriente! ¡No me parece mal! «*Prefieres la gloria de la muerte y yo no debo privarte del honor de tan hermoso ejemplo.*»

—¡Oh, alma grande!—exclamaron los amigos sollozando.

—No lloréis, amigos míos. Voy á hacer testamento y os legaré todos mis bienes.

—¡Imposible! — dijo Silvano — Nerón no te concede ese derecho.

—Bueno, pues paciencia. Ya que no puedo dejaros mi fortuna os lego algo que vale más: «*El ejemplo de mi vida. Tomadla por modelo y alcanzaréis la gloria de la inmortalidad.*»

(Ya recordarán ustedes que Séneca se llamaba *Lucio*. Hago esta advertencia por si alguno creía que se llamaba *Modesto*.)

—El único favor que Nerón te concede —añadió Silvano—es que elijas la clase de muerte que quieras.

—Gracias. Es una atención que no olvidaré en mi vida. Esposa mía, pues hemos de morir, elijamos la muerte más dulce. ¡Que nos den una sangría suelta! Es decir, dos sangrías. Una á cada uno.

Y dicho y hecho. Los guardias cogieron á los esposos y les abrieron á un mismo tiempo las venas de los brazos.

Las abstinencias contínuas de Séneca le habían extenuado tanto que, naturalmente, no salió sangre de sus venas. «Re»currió á un baño caliente, cuyo humo »mezclado con el agua de algunos licores,

»le ahogó. Habló mucho y muy sensata-»mente, esperando la muerte, y lo que »dijo fué recogido por sus secretarios y »publicado después por sus amigos.»

Tan luctuosa escena ocurrió el año 65 de nuestra era y el segundo del reinado de Nerón.

Muchos historiadores han llegado hasta poner en duda las grandes virtudes de nuestro filósofo.

Por su conducta durante el destierro y por habérsele atribuido la carta en que Nerón pretendía justificarse ante el Senado de la muerte de su madre, fué llamado por algunos «el filósofo de las grandes debilidades.»

¡Naturalmente! ¿Cómo no había de sentir *debilidades* un hombre que sólo se alimentaba de legumbres?

E-PA-MI-NON-DAS

E-pa-mi-non-das.

La *prima* de mi charada
está en el abecedario;
la *tercera* con la *quinta*
es un rey que no ha reinado;
dos dos vale poca cosa
y puede ser Padre Santo;

tercia sola es un pronombre;
la *cuarta* adverbio anticuado,
y el *todo,* lector amigo,
es un general tebano.

Ustedes perdonen; pero no he podido resistir á la tentación.

Hay nombres que están pidiendo la charada.

No puedo hablar de Epaminondas sin que venga á mi memoria el recuerdo de mi maestro de primeras letras. El buen señor—que no conocía más historia que la sagrada,—siempre que alguno de nosotros se distraía más de lo conveniente, le castigaba con ponerle de rodillas, diciéndole de paso «¡Es usted un *epaminondas!*»

¡Y se quedaba tan fresco!

El pobrecillo creía, sin duda, que Epaminondas era algo así como *papanatas.*

¡Dios le haya perdonado!

Y vamos con nuestro general.

Nació, según datos que tengo por irrefutables, en la ciudad de Tebas, unos

trescientos noventa y tantos años antes de Jesucristo.

Sus padres eran muy pobres aunque descendían de los antiguos reyes.

De suerte que á la familia de Epaminondas le pasaba lo mismo que á los señores de Rodríguez, que cita Blasco en una de sus graciosísimas comedias.

—«¿Qué ha sido de los de Rodríguez?

—¡Pobrecitos! ¡Han venido á menos!

—A mal pueblo han venido.»

A pesar de la falta de recursos, el joven Epaminondas recibió una excelente educación

Aprendió la música, el baile y la gimnasia, «*ciencias* muy estimadas entre los griegos», según dice un historiador,

No sé si los griegos llamarían *ciencias* á

esas cosas, pero desde luego estaba más en lo cierto el que dijo que

«El tocar la guitarra no quiere *cencia*,
sino *juerza* en los puños y *agiliscencia*.»

Además de ser buen músico, notable bailarín y excelente gimnasta, brilló Epaminondas como conocedor de las ciencias políticas y filosóficas. ¡Y éstas si que son ciencias!

Según el testimonio de Cornelio Nepote, era nuestro hombre «modesto, prudente, gallardo en su persona, profundo en el arte de la guerra, ejemplo de magnanimidad y hábil en aprovechar las coyunturas».

Para esto último, para lo de aprovechar las *coyunturas*, le había servido de mucho en la gimnasia.

Tenía Epaminondas otra gran condición. Era tan amante de la verdad, que *no mintió nunca, ni aun en broma*.

Si esto es cierto —que no lo dudo—

bien merece que le admiremos todos, y sobre todo los andaluces.

Añade Cornelio Nepote que el ilustre tebano sabía escuchar con respeto, persuadido de que este era el mejor medio de instruirse, y que siempre que se hallaba entre gentes que discutían acaloradamente, no se retiraba jamás hasta el fin de la conversación.

Perdóneme Nepote, pero eso lo mismo podía ser deseo de instruirse que curiosidad.

Epaminondas era un hombre honrado. Sobre esto no cabe discusión.

Soportaba con resignación la pobreza, y por todos los servicios que prestó á la república no reclamó nunca mas que la gloria.

Era lo que se llama un hombre incorruptible.

Diomedón de Cizica, por indicación de Artajerjes, intentó sobornarle, llegando á ofrecerle sumas muy considerables.

—*Decidle al rey de Persia*, contestó Epaminondas, *que si lo que me propone es beneficioso á mi patria, es inútil el dinero que me ofrece; pero si sus miras son otras, sepa que no es él bastante rico para comprarme.*

¡Hermosa contestación
la que le dió á *Diomedón!*

La sencillez de sus costumbres y su

frugalidad en las comidas eran verdaderamente admirables.

Invitado por un amigo á un suntuoso banquete, servido con lujo extraordinario, se negó en absoluto á probar los riquísimos manjares que le ofrecían, comiéndose modestamente dos huevos cocidos y un pedazo de tocino que, á prevención, llevaba en una fiambrera.

—¿Que significa esto?—le dijo algo amostazado el anfitrión.

—*Esto significa*—respondió Epaminondas—*que no quiero que la suntuosidad de tu banquete me haga olvidar la modesta comida de mi casa.*

Realmente al hombre se le podía tildar de extravagante, pero no de gorrón. ¡Bien se conoce que en aquella época no se habían inventado aún los fracs con bolsillos de hule!

Tan persuadido estaba Epaminondas de que la riqueza debilita los caracteres, que al saber que uno de sus escuderos había recibido una fuerte suma por el rescate de un prisionero, le llamó cariñosamente y le dijo:

—*Puedes dejar las armas y retirarte á tu casa. Ese dinero que acabas de cobrar te dará demasiado apego á ta vida para que puedas exponerte á los peligros de la guerra como lo hacías cuando eras pobre. El verdadero soldado no ha de tener nada suyo..*

Damos con gusto esta filosófica reflexión del gran tebano, para tranquilidad de los muchos militares que tienen retenida la paga.

Hizo sus primeras armas con los lacedemonios, aliados entonces de los tebanos y á las órdenes de Pelópidas, á quien defendió valerosamente en un combate.

Lacedemonia había echado muchos humos y abusaba de la pacientísima Tebas.

Era preciso sacudir este yugo.

Pelópidas, aconsejado por Epaminondas. dijo: «Hasta aquí hemos llegado.» Y declaró la guerra á los lacedemonios.

Elegido Epaminondas general en jefe del ejército tebano, echó al enemigo de casa y ganó el año 371 antes de nuestra era la famosa batalla de Leutra en la Beocia.

Entró en la Laconia al frente de 50.000

hombres, derrotó á los lacónicos, y hasta á los difusos; les tomó el Pelo-poneso, y atrajo á su partido á muchos pueblos que hasta entonees habían sido considerados como enemigos.

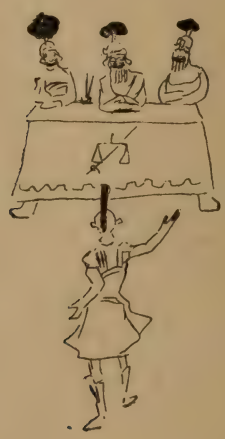
Parecía natural que con tales victorias los tebanos estuviesen orgullosos de su general; pero no fué así.

La envidia, que es tan antigua como el mundo, desacreditó á Epaminondas, y éste y dos generales que le acompañaban fueron vergonzosamente destituidos.

Pero nuestro héroe, que cuando se proponía una cosa no le importaban nada los decretos ni las destituciones, animó á sus compañeros á que le imitaran y continuaron la guerra que habían emprendido, burlándose hermosamente de leyes y gobiernos.

A su regreso á Tebas fué Epaminondas llamado á juicio, como reo de Estado y por desacato á las autoridades superiores.

Presentóse tranquilo ante sus jueces: confesó lealmente que había quebrantado la ley y aceptó de buen grado la pena de muerte que se le imponía. Sólo pidió una gracia: que en el decreto de su sentencia



se expresase *que los tebanos le condenaban á muerte por haberles forzado á vencer en Leucra á los espartanos; por haber salvado la patria y por haber dado la libertad á Grecia.*

«Estas palabras de Epaminondas, dice

un historiador, regocijaron tanto á la asamblea, que, echándose todos á reir, ninguno de los jueces se atrevió á opinar contra él.»

Francamente, la situación no era para tomarla á risa, sino para llorar de vergüenza; pero, en fin, el historiador lo dice, y ya saben ustedes cuánto respeto yo á los historiadores...

Así las cosas, continuaron sus guerras los tebanos, y en una ocasión en que los tenaces enemigos de Epaminondas le privaron del mando de las tropas, sentó pla-

za de simple soldado y se batió constantemente en la vanguardia.

Como entre las muchas condiciones buenas que tenía era una la de no ser rencoroso, cuando los tebanos, al enterarse de que el nuevo general que habían nombrado ponía en peligro el ejército, acudieron á él, aceptó gustoso el mando sin acordarse de las afrentas anteriores, y salvó á Tebas de una derrota segura y que parecía inevitable.

Mas ¡ay! bien dice el refran, que los valientes y el buen vino duran poco.

Después de fundar á Megalópolis y de alcanzar algunas victorias en Tesalia, llegó la batalla de Mantinea el año 363, y allí el gran Epaminondas perdió la vida á manos...¿de quién dirán ustedes? Pues ¡á manos de *Grilo*!

(Para tranquilidad de mis lectoras—si es que las tengo,—debo hacer constar que este Grilo no es el dulce poeta de *Ideales*, sino el valeroso hijo de Jenofonte.)

Pues, sí señor, este joven, herido ya de muerte en la citada batalla de Mantinea, dirigió su flecha contra Epaminondas y

se la clavó en el cuarto espacio intercostal, según certificación facultativa que consta en el juzgado correspondiente.

Convencido el general de que perdería la vida en cuanto se arrancase el dardo que tenía clavado en el pecho, estuvo sin moverse hasta que le anunciaron que los lacedemonios habían sido derrotados.

—¡Y*a he vivido bastante*—dijo entonces, *pues que muero victorioso*!

Y arrancando el hierro de su herida exhaló su último suspiro,

Convengamos en que los generales de aquella época eran unos generales muy particulares.

—¿Por qué no te casas?—le preguntó una vez un amigo.

—Porque sabes que yo soy amante de la verdad—le contestó,—y si me casara y algún día me convenciese de que mi mujer me engañaba y que su amor era mentira, sería capaz de abandonarla para siempre.

Francamente, para tomar esta determinación no se necesita ser un Epaminondas.

ZEUXIS

ZEUXIS

Convengamos en que este nombre es poco conocido entre nosotros... y entre ustedes.

Sin embargo, el pintor Zeuxis fué una gloria de la antigua Grecia.

Floreció este insigne griego (porque habrán observado ustedes que todos los griegos *florecían*) unos 400 años antes de nuestra era.

¡Ahí es nada! ¡Mil doscientos y pico de años! ¡Cualquiera se iba á acordar ahora de un pintor de aquella época, cuando

nos olvidamos hasta de los que viven entre nosotros!

Empiezo por confesar á ustedes que yo no conozco ningún cuadro suyo; pero dicen que eran muy buenos, y habrá que creerlo.

El simpático *Barbuchi* asegura que ha vendido algunas *tablitas* de Zeuxis...

Desde niño demostró
afición á la pintura (1)
y apenas se destetó,
hizo la caricatura
del ama que le crió.

Porque eso sí, el chico estaba siempre de muy buen humor y era muy tentado de la risa.

En la escuela de primera enseñanza adelantaba muy poco. Todo el tiempo lo invertía en llenar de monigotes las márgenes de los libros. Decididamente, al chico no le llamaba Dios por el camino de las letras.

Su padre lo comprendió así, y decidió que se dedicara á la pintura.

---

(1) Hablo de Zeuxis, no de *Barbuchi*; aunque de los dos podría decirse lo mismo.

Zeuxis, con esta determinación, se volvió loco de contento.

Y dicen que dijo:

«Gracias, padre y señor. Aún soy un niño,
pero ya el Arte á voces me reclama.
Tuyo ha de ser ¡oh padre! mi cariño,
como tuya ha de ser toda mi fama.»

Esto, naturalmente, lo dijo en griego; pero yo se lo traduzco á ustedes para mayor claridad.

Por aquella época admitía discípulos en su estudio de pintor el célebre *Apolodoro*, artista de grandísima reputación, pero de muy mal carácter.

Zeuxis recibió de *Apolodoro* las primeras lecciones de dibujo y colorido, y su disposición artística era tal, que á los dos años de enseñanza consiguió pintar mejor que su maestro.

A cual quiera que no fuese aquel cascarrabias, le habría envanecido tener un discípulo tan aventajado; pero á Apolodoro le irritó de tal manera que el público dijese que sus cuadros valían menos que los de Zeuxis, que despidió á éste de su lado y se declaró su más encarnizado enemigo, llegando hasta publicar una sátira terrible contra el joven y ya afamado artista.

Zeuxis, en vez de incomodarse, tomó á risa la feroz acometida de su maestro, y un día que se le encontró en la calle, le paró con mucha finura, y le dijo: «He leído tu sátira y me parece un prodigio, una verdadera obra de arte. Decididamente debes abandonar la pintura y abrir cátedra de retórica. Yo seré el primero de tus discípulos.»

Apolodoro iba á contestarle alguna atrocidad; pero nuestro joven soltó la carcajada, y siguió calle abajo tan tranquilo.

Las eternas risitas de Zeuxis eran la mortificación del atrabiliario maestro.

—Hagan los dioses que se muera, ¡aun

que sea de risa!—exclamó un día el irritado Apolodoro.

Más adelante verán ustedes si cumplieron los dioses aquella maldición.

Entre tanto, los atenienses solicitaban los cuadros del joven pintor, y los comerciantes de más nota se disputaban el honor de exhibir en sus escaparates las últimas obras del mimado artista.

Una de ellas suscitó grandes cuestiones en Atenas.

Era una alegoría de *La Envidia.*

Los partidarios de Apolodoro creyeron, y con razón, que el cuadro era una alusión al maestro.

—Mal haces en burlarte de quien te enseñó lo que sabes—dijo uno á Zeuxis.

—Tienes razón—le contestó éste.—Yo no sabía que existiera la envidia en el mundo, pero el maestro se ha encargado de enseñármela.

—Supongo que no pretenderás negar los méritos de quien tanto vale.

—¡De ninguna manera!

—¡Apolodoro es un genio!

—¡Ya lo creo! Un genio... ¡inaguantable!

Los que oían esta conversación rieron la frescura de Zeuxis.

El maestro dió rienda suelta á su cólera publicando una segunda sátira, de la que su discípulo hizo el mismo caso que había hecho de la primera.

Lo único que se permitió fué lo siguiente:

Celebrábase en aquella época una exposición de pinturas en Atenas.

Zeuxis presentó un cuadro, notable como todos los suyos, y sobre él colocó un tarjetón que decía:

«Apolodoro, artista á quien adoro,
y á quien llamar maestro me permito,
en mí se ceba con su pluma de oro...
Yo me vengo pintando este cuadrito.
¿A que no lo hace igual Apolodoro?

Este fué el único *desahogo* que se permitió el ofendido artista.

Como ven ustedes, los pintores griegos podrían no ser modestos, pero eran muy *desahogados*...

La fama de Zeuxis crecía de una manera pasmosa.

Sus cuadros se vendían á peso de oro,

y al hombre le faltaba tiempo para cumplir todos los encargos que recibía.

Su obra maestra—al decir de los críticos de buena fé, no de los *Apolodoros*—fué una *Helena*, pintada por encargo de los Agrigentinos. Estos le envíaron para que le sirviera de modelo una docena de mujeres hermosísimas.

Zeuxis se quedó con cinco solamente.

Muchos, que yo conozco, se hubieran quedado con las doce.

> «*Tomó de ellas lo que pudo*»,
> dice un biógrafo fiel.
> Puesto en su caso, no dudo.
> ¡Yo haría lo mismo que él!.

Contemplando los encantos naturales de las cinco hermosuras, y copiando de cada una lo que le convenía, realizó en su *Helena* el tipo ideal de la belleza femenina.

—¡Valiente habilidad!—dijo un pintor amigo mío, á quien yo le refería este dato.—¡Pintar una mujer hermosa con cinco modelos así! Eso lo hace cualquiera. Lo difícil es hacer lo que yo hice, pintar una *Venus* sirviéndome de modelo

una chalequera bizca y hoyosa de viruelas.

Lo que no sabe mi amigo el pintor es que su *Venus*, más que á la diosa saliendo de las aguas, se parece á la chalequera saliendo del obrador. Pero ¡vaya usted á quitarles las ilusiones á estos Zeuxis de hongo apabullado!...

Para demostrar la verdad que sabía dar á sus obras nuestro pintor helénico, refieren algunos autores lo del famoso cuadro de los racimos de uvás.

Tan admirablemente pintados estaban

los tales racimos, que los pájaros se acercaban á picarlos, y hasta hubo que lavar el cuadro con una disolución de azufre, porque le atacó el *oidium*!

Este dato me hace dudar. ¿Sería efectivamente Zeuxis un pintor griego, ó pertenecería á la escuela sevillana?

¡Vaya usted á saber! Parrasio, notable pintor, compañero de Zeuxis, fué un día á visitar á éste, y al ver los célebres racimos, dijo desdeñosamente:

—¡Pche! No está mal. Pero ayer terminé yo un cuadro que es lo que hay que ver. Te invito á que vengas á mi estudio. Aquello es verdad, y lo demás son tortas y pan pintado.

(Ya he dicho á ustedes que los pintores griegos no brillaban por su modestia.)

Zeuxis aceptó la invitación y fué al estudio de Parrasio.

—Ahí tienes el cuadro—le dijo éste, indicándole un gran caballete cubierto con una cortina de damasco.

—Bueno, descúbrele y ya veremos.

—¡Inocente!—exclamó Parra-

sio riéndose.—¿Cómo he de descubrirlo si el cuadro es precisamente eso?

—¿El qué?

—¡La cortina!

—¡Cómo!

—¡Mírala! ¡Está pintada!

—Me confieso vencido—dijo Zeuxis admirado.—Yo sólo he sabido engañar á los pájaros, pero tu me has engañado á mí.

—Que eres un pájaro de cuenta, según afirma Apolodoro.

Y los dos rivales se abrazaron cariñosamente.

Conste que este episodio no es invención mía: que así lo he leído en varios historiadores.

Y ahora hablemos francamente.

Lo de los racimos de uvas puede pasar. Pero eso de la cortinita de Parrasio... créanlo ustedes si quieren. Yo no le creo aunque me lo aseguren los siete sabios de Grecia.

Y pasaron los años.

Y Zeuxis llegó á ser tan inmensamente rico, que ya no pintaba cuadros para

la venta, porque, según él, no había dinero en el mundo con que pagárselos.

¡Así! ¡Como suena!

Mas no por eso dejaba de trabajar.

Y ¡ay! un día le llegó su hora, y, por cierto, de una manera muy extraña, según afirma *Festo.*

Entró en su estudio una vieja que iba á servirle de modelo para una arpía, y

Zeuxis, que, como hemos dicho, era muy tentado de la risa, encontró tan extremadamente fea y ridícula la figura de la anciana que soltó á reir con toda su alma. Y risa fué que le costó la vida, pues cayó tendido sobre un diván para no levantarse jamás...

Los partidarios de Apolodoro dijeron

que los dioses habían cumplido su maldición.

Pero yo tengo datos para asegurar que lo que produjo la muerte de Zeuxis fué la rotura de un aneurisma de la aorta descendente.

Porque, digan lo que quieran los anatómicos, los griegos ya tenían aortas descendentes.

PAULO EMILIO

Paulo Emilio.

Corría el año 216 antes de nuestra era.

Y digo que corría, porque así lo aseguran los historiadores.

Ellos sabrán por qué ese año andaba tan de prisa.

En las llanuras de *Cannas* se encontraron *Aníbal* y *Varrón*.

Si se hubieran encontrado los dos solos, á fe que la Historia no habría señalado esta fecha; pero es el caso que con Varrón iba un numeroso ejército romano y á Aníbal acompañaba el *grueso* de las tropas cartaginesas. (El *delgado* se había quedado en otra parte.)

El encuentro fué formidable.

Tan formidable que, según datos ciertos, quedaron en el campo de batalla la friolera de setenta mil romanos.

«Aníbal, vencedor, envió al Senado de Cartago tres arrobas de anillos cogidos á los caballeros romanos muertos en el campo.»

Por lo visto, los guerreros de aquella época entraban en combate con las manos cubiertas de anillos, como las prenderas.

Entre las víctimas de aquella luctuosa jornada, estaba el famoso general romano *Lucio Paulo.*

—Muero derrotado, dijo al exhalar el último suspiro; pero dejo, por fortuna, quien pueda perpetuar las glorias de mi raza. ¡Roma, ahí tienes á mi hijo!

Este hijo era *Paulo Emilio* que, por entonces, contaba—pues ya sabía contar—unos doce años, poco más ó menos.

Quedó el niño huérfano al cuidado de unos parientes de su padre, y desde sus más tiernos años demostró que era un muchacho muy estudioso y de conducta irreprochable.

Al chico le tiraban las cosas de la milicia, siendo al propio tiempo muy competente en materias administrativas.

Cuando era todo un mozo, sus amigos le animaban á que solicitara algún destino.

—Hay vacante una plaza de edil, le dijeron. ¿Por qué no te presentas candidato?

—Haced lo que queráis, contestó Paulo Emilio.

Y le presentaron, y triunfó «sobre doce contrincantes que solicitaban el mismo cargo.»

Esto de los *doce contrincantes* lo dice un historiador.

Yo, con su permiso, creo que para que haya contrincantes es necesario que haya trinca, y como todo trinca se forma de tres, ó sus contrarios no eran doce, ó no podían ser contrincantes.

El caso fué que Paulo Emilio ocupó el cargo de edil á gusto de todos, aún de sus propios enemigos.

Poco después fué nombrado augur, y, según dicen sus biógrafos, era tal la exactitud con que desempeñaba este car-

go sacerdotal, que los romanos estaban asombrados de su acierto y sabiduría.

Pero, como indiqué antes, á Paulo Emilio le tiraba la milicia, y á ella consagró su poderoso talento.

Su única pesadilla era la disciplina militar.

—No me déis ejércitos numerosos, decía; dadme sólo ejércitos bien disciplinados. ¡Disciplina y nada más que disciplina!

Y al soldado que no andaba derecho, le enderezaba á disciplinazos.

Pasaban los años, y Paulo Emilio había contraído matrimonio con una hermosa joven, hija de una de las principales familias romanas.

Tuvo de ella dos hijos: uno de ellos el famoso *Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Numantino*, y á quien, por si estos nombres eran pocos, se le conoció además con el apodo de *El segundo Africano.*

A los seis años de casado repudió á su esposa.

¿Por qué? Nadie ha podido averiguarlo.

—Mal haces en separarte de una mujer que es modelo de honestidad y de hermosura, le reprochaban sus amigos.

—*Mirad mi sandalia*, contestaba Paulo Emilio. *No notaréis en ella defecto ninguno. Sin embargo, yo se dónde me aprieta.*

La Historia no dice dónde le apretaba la sandalia.

Contrajo más tarde segundas nupcias con una muchacha, hija de una viuda acomodada, con la que tuvo varios hijos. (Con la muchacha, no con la viuda. No sean ustedes maliciosos.)

El zapatero había acertado esta vez.

Paulo Emilio no se quejó nunca de la segunda sandalia.

Entregado de lleno á los negocios públicos, se presentó candidato al Consulado, y obtuvo el puesto por aclamación.

Durante su gobierno derrotó varias veces á los galos, consiguió algunas victorias en España y subyugó á los orgullosos libures.

El cargo de cónsul no era eterno, y, mal de su grado, tuvo que abandonar el gobierno cuando bullían en su cabeza

grandes proyectos de importantes conquistas.

Pasado algún tiempo se presentó nuevamente como candidato al Consulado; pero ¡oh ingratitud romana! El pobre hombre fué víctima de groseras coacciones electorales—que ya entonces se conocían,—y salió derrotado ignominiosamente.

Herido en lo más profundo de su dignidád, se retiró á la vida privada, en la que pasó catorce años dedicado exclusivamente á la educación de sus hijos.

¡Ya estarían bien educados los angelitos!

Los negocios de Roma iban de mal en peor.

Los distintos cónsules que le habían sucedido no conseguían dar gusto á los electores.

El pueblo arrepentido de su conducta, reconoció que Paulo Emilio era el único que podía sacarle del atolladero.

Se dirigió á él y le rogó encarecidamente que volviera á la vida activa de la política y que aceptara el Consulado.

Paulo Emilio, que ya frisaba en los se-

senta años, se sacrificó en bien del país y tomó las riendas del gobierno.

La primera decisión de Paulo Emilio fué la de marchar contra *Perseo*, rey de Macedonia, con quien hacía tiempo que estaban en guerra sin conseguir ninguna victoria señalada.

El ejército estaba muy desorganizado, pero á los pocos días lo puso el general lo mismo que una seda.

Las tropas de Perseo ocupaban fuertes posiciones.

El río Enipeo separaba á los combatientes.

Paulo Emilio exclamó en un momento de inspiración poética:

Perseo nos desafía
á orilas del Enipeo.
Pues bien; *per sé* ó *per accidens*
venceremos á Perseo.

Esta copla, y sobre todo el juego de palabras, produjeron un efecto admirable.

Los romanos atacaron con denuedo, y á la tercera acometida derrotaron por completo á los macedonios, que huyeron á la desvandada.

Perseo, aterrado, se escondió en la isla de Samotracia; pero los romanos dieron con él y le condujeron prisionero al cuartel general de Paulo Emilio.

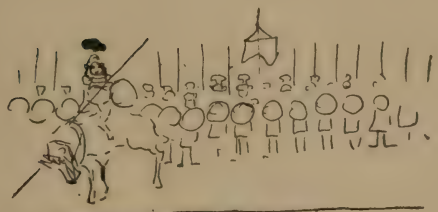
El pobre monarca, que era un gallina, —dicho sea con el respeto que merece un rey, aunque éste sea de Macedonia,—al encontrarse frente á su vencedor, se arrojó humildemente á sus plantas, llorando como un chiquillo.

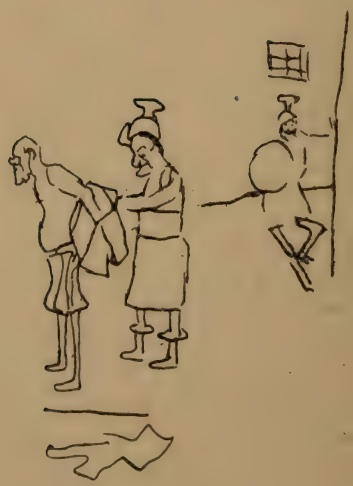
—¡Mentecato!—exclamó despreciativamente el romano.—Pretendes con tus lágrimas aminorar mi victoria, pero te engañas. La cobardía de un rey no amengua el valor de su ejército. Tus soldados han luchado con heroísmo. Por fortuna para ellos, no todos son Perseos.

Y luego, dirigiéndose al oficial de guardia, añadió:

—Que encierren á este hombre y que le proporcionen otra ropa interior, pues me da en la nariz que le hace mucha falta.

La noticia de la toma de Macedonia con la prisión de Perseo produjo delirante entusiasmo entre los romanos.





Paulo Emilio se apoderó de los riquísimos tesoros que guardaba el avaro Porseo, y anunció su entrada en Roma con todo el aparato que el caso merecía.

De un cartel de la época, que se conserva en el Museo de Bolonia, copio lo siguiente:

Roma

Festejos populares que se celebrarán en esta capital con motivo de la toma de Macedonia y derrota del rey Perseo.

Día 1.º

Al amanecer recorrerán las bandas de música las principales calles de la población.

Los edificios públicos y calles del tránsito estarán engalanados con vistosas colgaduras.

Todos los ciudadanos que presencien el espectáculo estarán vestidos de blanco, en señal de júbilo.

En los templos se quemarán incesantemente grandes cantidades de incienso y otras plantas aromáticas.

Cuarenta lictores, con sendas varas en la mano, irán abriendo calle entre la muchedumbre.

El orden de la comitiva será el siguiente:

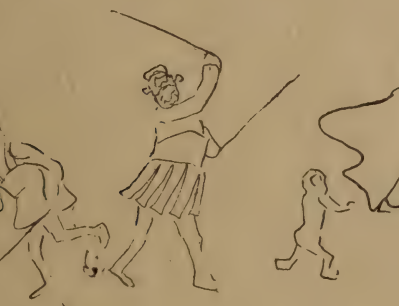
1.° Desfile de cuatrocientas mujeres cautivas.

2.° Trescientos esclavos llevarán á hombros los numerosos cuadros recogidos en los Museos de Macedonia.

Y 3.° Doscientos cincuenta carros tansportarán las colosales estatuas y otras obras de escultura que pertenecieron á Perseo.

Día 2.°

1.° Presentación de las armas y preseas de los macedonios, artísticamente colocadas en numerosos carros construidos al efecto.



2.° Tres mil soldados, divididos en grupos de á cuatro, conducirán en grandes copas de bronce todas las monedas de plata recogidas en las arcas del monarca vencido.

Y 3.° Numerosos soldados transportarán en artísticas bandejas las urnas, las cubetas de plata, los cubiletes en figura de caracol, las copas cinceladas y todas las riquísimas alhajas que constituían el tesoro del enemigo.

Día 3.°

1.° Cincuenta clarines entonarán himnos guerreros á la entrada de la población.

2.° Doscientos cincuenta jóvenes con delantales rojos recamados de oro, conducirán al sacrificio á ciento veinte toros cebados, con las astas doradas y adornados con guirnaldas de flores.

Detrás de los toros, varios grupos de niños serán portadores de los vasos de oro y plata necesarios para la solemnidad religiosa.

3.° Trescientos soldados llevarán en

andas enormes copas de bronce cargadas de monedas de oro.

4.° Ocho oficiales con la copa sagrada de oro macizo y piedras preciosas, mandada hacer *exprofeso* por Paulo Emilio.

5.° Dieciséis guerreros de toda gala, en grupos de á cuatro, llevarán las copas llamadas *Antigónidas*, *Seleucidas* y *Tericleas*, y la escribanía de oro cincelado del bufete de Perseo.

6.° Un carro con las armas y la diadema del monarca vencido.

7.° Los hijos del rey, sus ayos, sus maestros y los oficiales de Palacio.

8.° El rey Perseo, con manto negro y calzado á la macedonia. Acompañarán al rey todos sus servidores y los cortesanos hechos prisioneros.

9.° Los representantes de todas las ciudades romanas, con las coronas de oro dedicadas al general vencedor.

10. Una lujosísima carroza ocupada únicamente por el glorioso Paulo Emilio, que se presentará con elegante túnica color de púrpura, bordada en oro, y llevando en la mano una rama de laurel.

11 y último. Desfile de las tropas vencedoras en correcta formación, agitando ramas de laurel y entonando cánticos de guerra.

Por la noche iluminación, músicas y bailes populares.

La Comisión de festejos.

Roma.—Imp. y lit. municipal.

Celebráronse, pues, grandes fiestas para recibir dignamente al glorioso ejército vencedor.

Tal fué la obra de gran espectáculo que presenció el público de Roma, y cuya representación duró la friolera de tres días.

Mas ¡oh dolor! No hay dicha completa en este mundo.

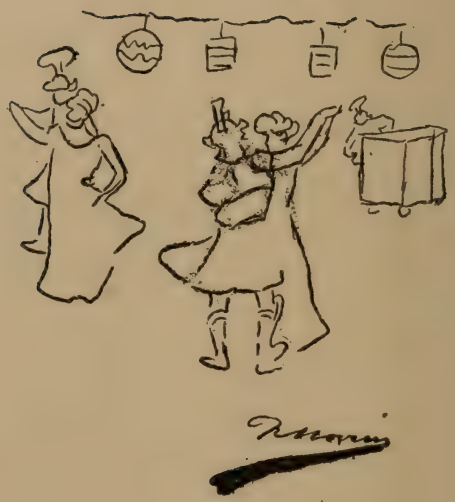
Mientras se celebraba la apoteosis de Paulo Emilio, fallecía de fiebre infecciosa uno de sus hijos, contagiando la enfermedad á otro, que murió pocos días después.

Tan rudos golpes exacerbaron la dolencia crónica que padecía el victorioso general, y poco tiempo después, y desempeñando el cargo de censor, entregaba su alma á Dios, rodeado de su familia, y entre las bendiciones de todos los romanos.

Paulo Emilio pudo ser inmensamente rico y murió pobre,

Fué un general desinteresado.

Convengamos en que eso no es general.



CATÓN DE ÚTICA

CATÓN DE ÚTICA

Cayo Porcio Catón, llamado de *Útica*, biznieto de *Marco Porcio Catón* el *Censor* según unos, sobrino según otros, nació el año 95 antes de Jesucristo.

Ignoro el verdadero grado de parentesco que había entre los dos Catones, pero desde luego me atrevo á asegurar que ambos pertenecían á la ilustre rama de los *Porcios*.

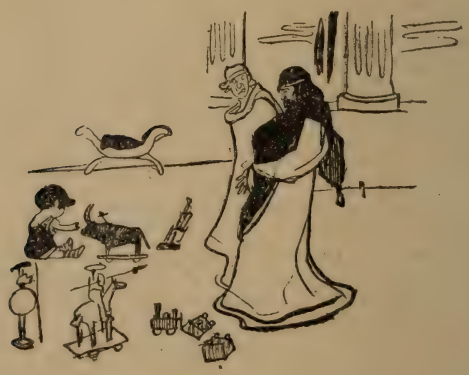
Hablemos, pues, del de *Útica* y dejemos tranquilo al *Censor*.

Desde niño demostró nuestro Catón su amor á la justicia y su invencible odio á los tiranos.

Bastará citar dos rasgos suyos para probar lo que era la criatura.

Siendo *Druso*, su tío, tribuno del pueblo, varias ciudades de Italia aliadas de los romanos deseaban disfrutar de los mismos derechos que Roma.

Pompelio, uno de los principales jefes de los aliados, y varios amigos suyos, fueron un día de visita á casa de los padres de Catón.



Estos habían salido, y mientras llegaban los pasaron á la sala donde el niño estaba entretenido con varios juguetes.

—Hola, Catoncito, le dijo Pompedio. ¿Qué se hace?

—Pues ya lo ves. Perder el tiempo.

—Hombre, éste puede servirnos, añadió Pompedio; guiñando el ojo á sus amigos, como preparando una broma. Oye, niño.

—¿Qué deseas?

—Tu tío Druso te quiere mucho ¿verdad?

—Muchísimo. Tanto como yo á él.

—¡Magnífico! Vas á hacernos un favor. Necesitamos que nos recomiendes á tu tío.

—¿Para qué?

—Para que nos conceda lo que pedimos.

—Si lo que pedís es justo, mi tío os lo concederá de buen grado. Si no lo es, ni él accederá á vuestro deseo, ni yo le recomendaría una injusticia.

—¡Ah! ¿Con que no?

—No.

—¿Y si yo te lo exigiera?

—Lo mismo que si me lo suplicaras.

—¡Ahora veremos! Y fingiendo inco-

modarse, cogió al niño por debajo de los brazos y lo sacó por una ventana, amenazándole con arrojarle á la calle. ¿Y ahora, qué contestas? le preguntó suspendiéndole en el espacio.

—Pues ahora lo mismo que antes, respondió Catón sin inmutarse.

—¿Y si te dejara caer?

—Harías una barbaridad, sin provecho ninguno para tí.

—Anda, hijo, anda, dijo Pompedio, dándole un beso y dejándole suavemente sobre la alfombra de la sala. Continúa tus juegos, que para la edad que tienes ya sabes más de lo que hace falta.

Y dirigiéndose á sus amigos, añadió:

—*Es una suerte para las aliados que este sea un niño todavía, porque si fuera un hombre, no tendríamos un solo voto en nuestro favor.*

*
* *

El otro rasgo á que me he referido, y que pinta perfectamente el carácter de Catón, es el siguiente:

Tenía entonces catorce años y salía todas las tardes á dar un paseo por la ciudad, acompañado siempre de su preceptor *Sarpedón*, persona muy formal y de reconocida competencia.

Un día, al regresar á su casa, se pararon un momento delante del palacio de *Sila*.

—¡Qué hermoso es este edificio! dijo el pequeño Porcio, admirando las bellezas arquitectónicas de la fachada principal.

—Pues la fachada es lo de menos, respondió Sarpedón. Lo admirable de este palacio es el interior.

—¿Por qué no lo vemos? añadió Catón con marcada curiosidad.

—No sé si nos permitirán entrar; pero, en fin, probemos.

Se acercó á los guardias, les dió una propina y los dejaron pasar.

Sarpedón y el niño cruzaron el anchuroso vestíbulo, decorado con magníficas estátuas; subieron por la suntuosísima escalera de mármol y jaspe, que daba acceso al piso principal; dirigiéronse luego

por una extensa galería cuyos muros estaban cubiertos de riquísimos tapices, y al asomarse á uno de los rasgados ventanales que daban vista á los patios interiores del palacio, presenciaron un espectáculo horrible...

Un centenar de cabezas recién cercenadas estaban en confuso montón sobre

las ensangrentadas losas de uno de los patios.

Catón se puso lívido.

—¿Qué es eso, Sarpedón?

—Ya lo ves. Cabezas de proscriptos.

—¡Los han degollado!

—Así parece.

—¿Y quién ha sido?...

—Sila, el Dictador.

—*¿Sila ha matado á esos desgraciados, y Sila vive todavia?*

—Chico, no grites de ese modo, que pueden oirte.

—¡Infame! ¡Canalla!

—¡Por los clavos de Cristo! (1)

—*¡Dame, dame tu espada, que quiero atravesar el corazón de ese tirano!*

—Vaya, vaya, á casita, dijo Sarpedón, no sea que hagan con nosotros lo que han hecho con los proscriptos.

---

(1) El historiador que atribuye esta frase á Sarpedón, está equivocado, Sarpedón no ha podido decir eso, por la sencilla razón de que en la época á que nos referimos Cristo no habia nacido todavía, y por consiguiente no habia podido ser crucificado.

Y cogiendo en brazos á Catón, y tapándole la boca para que no gritara, salió más que de prisa del palacio.

Ya en la calle, el niño dió rienda suelta á su indignación, jurando que en cuanto fuera hombre no consentiría aquellas crueldades.

—¡Abajo los tiranos! exclamó en un arranque de cólera.

—Bueno, abajo con ellos; pero dilo más bajo, no vayan á prendernos por conspiradores.

Desde aquel día Sarpedón puso gran cuidado en la educación de su discípulo.

—Este niño, se dijo, será un buen ciudadano. En él tendrá Roma un decidido defensor de sus derechos.

Y tenía muchísima razón
al decir lo que dijo Sarpedón.

*
* *

Aquel niño se hizo hombre, dice un biógrafo.

No me sorprende la noticia.

Lo verdaderamente extraño es que aquel niño se hubiera hecho mujer.

En fin, estamos en que Catón se hizo hombre, y como Sarpedón había previsto, jamás hubo en Roma quien con más calor defendiera sus libertades y sus derechos.

Era orador elocuente y fogoso, pero tan excesivamente modesto, que jamás escribió ninguno de sus discursos. El único que de él se conserva y del que habla Salustio, fué copiado por los taquígrafos que Cicerón tenía en el Senado cuando la famosa campaña contra Catilina.

Catón brilló también en la milicia.

Siendo oficial se batió como un valiente.

El cónsul *Gelio* le propuso para capitán, pero Catón rechazó el ascenso por inmerecido.

—Te has batido bravamente, le dijo el cónsul. Mereces los galones de capitán.

—¿Que me he batido, dices? ¿Pues qué querías que hiciera? Nos atacaban y era preciso defenderse. No he hecho más que cumplir con mi deber. ¿Acaso el que cumple con su deber merece recompensa?

Y no hubo manera de convencerle.

(En las escuelas militares y no en las de primeras letras es donde hoy debían prodigarse los *Catones*.)

Elevado más tarde á la dignidad de

Cuestor, se opuso, como hombre íntegro, á pagar las pensiones que Sila había señalado arbitrariamente á unos cuantos protegidos suyos.

—Mira lo que haces, le dijeron. Esas pensiones están acordadas por el Dictador. Son para sus paniaguados.

—¿Para sus paniaguados? Pues que sigan á pan y agua. Si quieren sueldos, que los pague Sila de su bolsillo parti-

cular. El Erario público no es patrimonio de ningún jefe de gobierno.

(No estaría de más que hoy se repartieran también algunos *Catones*, para enseñanza de nuestros ministros de Hacienda.)

*
* *

Catón tuvo dos hijos. Mejor dicho, tuvo un hijo y una hija.

Esta, que se llamaba *Porcia*, se enamoró locamente de su primo *Bruto*, hijo de *Servilia*, hermana de Catón, y de la que dicen si tuvo ó no tuvo que ver con Julio César.

Catón, que quería mucho á Bruto, accedió gustoso á los deseos de Porcia, diciéndola:

En vuestra dicha consiento,
y con Bruto no discuto.
Casaos, pues, al momento.
Tu primo Bruto es un Bruto
de muchísimo talento.

Las revueltas políticas de aquella época tenían muy disgustado á Catón, que veía en peligro la República.

Comprendió en seguida hasta dónde llegaba la ambición de Julio César, y se unió á Cicerón para combatirle.

Declaróse más tarde contra el triunvirato de Pompeyo, César y Craso, y cuando estallaron las discordias entre los dos primeros, se puso de parte de Pompeyo, por creer que éste no violaba tan abiertamente las leyes.

—Yo no ambiciono nada, decía. Sólo quiero la libertad de Roma. Si Pompeyo vence, me retiraré tranquilo á la vida privada; pero si los dioses no nos ayudan y triunfa el orgulloso César, me suicido. Yo no puedo ver ciertas cosas.

Y en señal de duelo, mientras duraron las guerras civiles se vistió de riguroso luto.

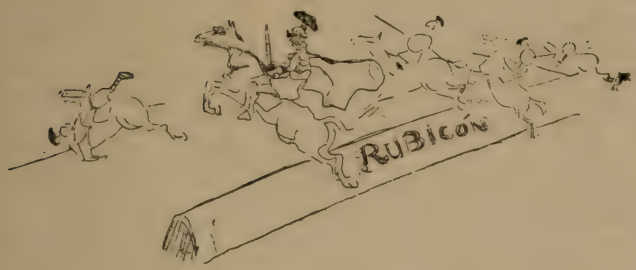
Los dioses no le fueron propicios, y César derrotó á Pompeyo en la célebre batalla de los campos de Farsalia.

César pasó el Rubicón, y Catón pasó... las de Caín.

Triste y desesperado se embarcó con varios senadores amigos suyos, y llegaron á Útica, ciudad de Africa, al Norte

de Cartago, uno de los mejores puertos comerciales de aquella época.

El mismo día que llegaron los reunió



á cenar con él, y de sobremesa les dijo:

—Amigos míos, aquí no estais seguros. Es preciso que huyais. Esta misma noche saldréis en el buque que nos ha

traído. A mí dejadme aquí. He prometido una cosa y quiero cumplirla. No me preguntéis lo que es, porque no os lo di-

ría. Huid, pues. A las dos de la madrugada es la pleamar, y podréis salir del puerto sin peligro ninguno.

Abrazó á los senadores, que se retiraron en seguida, y se quedó solo con su hijo.

Este, escamado, guardó la espada que Catón había colocado á la cabecera de su cama.

—¡A ver! ¿Dónde está mi espada? exclamó furioso Catón al echarla de menos.

—Señor, vnestro hijo la tiene, respondió un esclavo.

—¡Pues que la traiga inmediatamente! ¡Pronto! ¡Que no la pida por segunda vez!

Y á los pocos momentos el hijo de Catón volvía con la espada.

—Déjala ahí y acuéstate en seguida, hijo mío. Pero antes dame un beso.

—¡Padre, tú estas nervioso! A tí te pasa algo.

—¡Nada! no me pasa nada. Duerme tranquilo; pero antes dame otro beso.

—¡Padre mío!

—¡Vaya! ¡Vaya! Retirate que tengo mucho sueño.

Y empujando suavemente á su hijo,

cerró la puerta de la alcoba y se acostó.

Leyó durante un par de horas *La inmortalidad del alma*, de Platón.

Temiendo por la suerte de sus amigos los senadores, se asomó á una ventana que daba sobre el mar, y viendo que el buque salía del puerto, respiró con alegría, exclamando:

!Ya están en salvo por fin!
Viento en popa, á toda vela,
no corta el mar, sino vuela
el velero bergantín.

Y se volvió tranquilamente al lecho. Reconoció detenidamente el filo de su espada, y dijo:

—¡Está bien! *¡Soy dueño de mi suerte!* Ahora, á dormir.

—Y se quedó como un bendito.

La primera luz de la mañana le despertó.

Sentóse en el borde de la cama, y...

Como yo no me atrevo á describir lo que hizo, copiaré á uno de sus biógrafos:

«Catón se decidió á poner fin á su vida clavándose en el vientre la mitad de la espada, y no habiéndose herido de modo que pudiese expirar al momento, quiso volver á empezar; pero cayó de la cama é hizo caer al mismo tiempo una tabla que había á su lado. Al ruido acudieron su hijo y los esclavos, que habían pasado la noche alarmados; procuraron socorrerle, pero Catón agarró con fuerza las entrañas que le salían por la herida, las despedazó y murió casi al instante. Tenía entonces cuarenta y ocho años.»

¡Lástima de hombre!

¡Era todo un carácter!

Por no ver las desdichas de Roma, se arrancó las entrañas...

¡Bien dicen que Catón profesaba á su pueblo un cariño entrañable!

PRO
PA
TRIA

SALADINO

SALADINO

El nombre no puede ser más simpático ni más bonito. Pero, á decir verdad, más que nombre de monarca parece de caballo de circo montado á la alta escuela.

Saladino era hijo de *Ayub-Ben-Chady*.

Según un historiador, Ayub-Ben-Chady fué el fundador de la dinastía de los *Ayubitas*.

Según otro, la dinastía de los Ayubitas fué fundada por Saladino, hijo de Ayub.

Más natural parece lo primero, pero no por eso he de oponerme á lo segundo.

Lo cierto es que los ayubitas llegaron á ser poderosos y á ellos se debe la conocida sentencia: *Ayúbate y te ayubaré.*

Al decir de algunos biógrafos, el gran Ayub era hombre de costumbres relajadas y muy dado á las bebidas alcohólicas.

Quizás por eso aseguran otros que Saladino era de origen *Kurdo.*

Comenzó su carrera militar sirviendo á las órdenes de *Noradino,* soberano de Siria y Mesopotamia, en cuyo ejército hizo verdaderas atrocidades, que en actos de guerra se llaman proezas.

Adad, califa de los fatimitas en Egipto, imploró el auxilio de Noradino, y éste le contestó que nadie como el príncipe Saladino podría sacarle del aprieto en que se hallaba.

Y, efectivamente, allá fué Saladino á quien Adad nombró enseguida visir y general de los ejércitos.

El califa estaba mal de salud y encomendó al joven visír el gobierno de sus súbditos.

Estos se conformaron pacientemente y Saladino se encontraba entre los fatimistas como el pez en el agua.

Fué tanta su fortuna, que al morirse Adad le nombraron sultán de Egipto, que era lo que él deseaba, aunque tenía buen cuidado de no demostrarlo.

No faltó quien le llamara usurpador, y hasta hubo pasquines en que decían lo siguiente:

«Por influencia de Alá,
Saladino á vernos vino
y se quedó por acá.
Por algo se llama Sa-
¡ladino!»

El Sultán no hizo caso de indirectas, y demostrando gran prudencia y condiciones de mando poco comunes, se dedicó al arreglo de la administración pública, que tenía bastante que arreglar.

Reprimió—dice un escritor—*la rapiña de los empleados en los arrendamientos de las rentas públicas.*

He copiado este párrafo porque nos sirva de consuelo y veamos que la dilapida-

ción no es obra de nuestro siglo, ni patrimonio exclusivo de nuestros ediles.

Saladino dictó leyes sabias y, después de conquistar la Siria, la Arabia, la Persia y la Mesopotamia, marchó contra Jerusalén, que estaba en poder de los cristianos.

Éstos resistieron valientemente varios

ataques, y otro gallo nos hubiera cantado sin las bravatas de *Reynaldo de Chatillon*.

El príncipe musulmán le envió varios embajadores reclamando algunos prisioneros, y Reynaldo, olvidando las reglas diplomáticas, los recibió con el mayor desprecio.

Saladino juró vengar esta injuria y, reuniendo un ejército de cincuenta mil

hombres, dió el año 1187 la famosa batalla de Tiberiada, en la que nos pegó una

paliza monumental, aunque nos esté mal el decirlo.

Entre los muchos prisioneros que hizo

estaba nada menos que *Guido de Lusignan*, rey de Jerusalén, al que acompañaba Reynaldo de Chatillon.

El monarca cautivo creyó llegada su última hora; pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que Saladino le recibía con mucha afabilidad y le trataba con gran consideración y respeto!

—Nada temáis—le dijo;—sentaos á mi mesa, que precisamente en este momento me dispongo á almorzar.

—Gracias. No tengo apetito. Lo que sí tengo es sed.

—¡A ver! ¡Que le sirvan mi bebida predilecta!

Y un esclavo como un castillo presentó á Guido una gran copa de oro en la que escanció un licor espumoso, frío como la

nieve, especie de *champagne frappé*, invención del gran *Ayub*, hombre práctico, como sabemos, en la elaboración de bebidas espirituosas.

—Bebed sin temor—dijo Saladino, al notar la indecisión de Guido.

—Nada temo—replicó éste, y apuró con delicia todo el contenido de la copa. ¡Exquisito! En mi vida he bebido cosa semejante.

—¿Queréis más?

—Sí, que llenen otra copa para que lo pruebe Reynaldo.

—¡Eso no!—dijo Saladino dando un fuerte puñetazo en la mesa.—Ese hombre

no merece mi atención, sino todo lo contrario.

Y sacando el alfange, cortó de un solo tajo la cabeza del orgulloso Reynaldo de Chatillon.

—(¡Animal!)—dijo por lo bajo el aturdido monarca.

—¡Ya me he vengado!—contestó Saladino.

Y se sentó á almorzar muy satisfecho, como si aquella brutalidad le hubiera servido de aperitivo.

Lo que acababa de hacer le parecía la cosa más natural del mundo.

El sultán era así; lo mismo servía para un barrido que para un fregado.

Y apropósito de fregar.

Cuando hizo su entrada en Jerusalén

concedió la libertad á muchísimos prisioneros cristianos, «con una generosidad que no había tenido ejemplo en aquella parte del mundo» según dice un historiador, y al mismo tiempo trató á otros con bastante dureza, obligándoles á fregar con agua de rosas todo el pavimento de la mezquita, que había sido convertida en iglesia.

Colocó en ella un magnífico púlpito, en el que el mismo Noradino había trabajado, é hizo grabar sobre la puerta del templo los siguientes renglones:

EL REY SALADINO,
SERVIDOR DE DIOS,
PUSO ESTA INSCRIPCIÓN DESPUÉS QUE DIOS
TOMÓ Á JERUSALEN CON SU MANO.

¡Y, sin embargo, Saladino estaba dejado de la mano de Dios!

Pasaron algunos años.

Francia, Inglaterra y Alemania, alentadas por el Papa Clemente III, acudieron en auxilio de los cristianos retirados

en Tiro. Sitiaron la ciudad de San Juan de Acre, derrotando á los musulmanes, y se apoderaron de Cesarea y de Jafa en el año de 1191. Se disponían á poner sitio á Jerusalen cuando, habiéndose introducido la disensión entre ellos, Ricardo, rey de Inglaterra, se vió obligado á concluir una tregua de tres años y tres meses, por la cual Saladino cedió á los cristianos las costas del mar desde Tiro hasta Joppé.

Lo que prueba que por lo menos esta vez le ganaron el pleito con *costas*.

Después de este tratado le entró al sultán una melancolía tan profunda que al año siguiente falleció, después de una penosa enfermedad, durante la cual dió muestras de verdadera humildad y mansedumbre, dejando en su testamento numerosas limosnas para que fueran repartidas por igual entre los pobres mahometanos, cristianos y judíos.

«Todos son hermanos, decía, y acreedores á que se les socorra en sus desgracias.»

¡Era mucho hombre el tal sultan!

De su vida se cuentan episodios verda-

deramente curiosos y que demuestran que era todo un carácter.

Así como nuestros Gobiernos tienen su *Banco Azul,* él tenía su *Diván.*

Los jueves eran los días dedicados á celebrar Consejo, con asistencia de sus emires.

El resto de la semana lo consagraba á recibir memoriales y solicitudes. Todas las personas, sin distinción de clase, edad, país ó religión, podían dirigirse á él, seguras de que las atendería.

Un día, un tal *Omar,* comerciante de *Ackhlat,* ciudad independiente de Saladino, tuvo el atrevimiento de presentar una instancia contra el propio sultán, reclamando una herencia de una esclava que éste se había apropiado.

El juez asombrado de la osadía de aquel hombre, se dirigió á Saladino y, con acento tembloroso, le dijo:

—¡Señor! Aquí traigo un pliego en que un desdichado, olvidándose de vuestra grandeza, tiene la avilantez de reclamaros una herencia. ¿Qué debo hacer?

—Marcharte á tu casa—contestó secamente el sultán.

—¡Señor!...

—¿Lo que pide es justo?

—Así parece, pero...

—No hay pero que valga. Si los jueces no servís para hacer justicia, ¿para qué mil diablos servís?

E inmediatamente hizo comparecer á Omar; comprendió la justicia de su petición, y no sólo le dió lo que reclamaba, sino que dobló la cantidad, en pago del buen concepto que el comerciante se había formado de la integridad del sultán.

¡Y hablamos da aquellos tiempos! ¡Qué falta nos hacían hoy unos cuantos Saladinos para ocupar los más altos puestos de nuestra magistratura!

En otra ocasión se retiraba el sultán á descansar, después de haber trabajado muchas horas en su despacho, cuando se presentó un esclavo á pedirle audiencia.

—Ya no es hora—dijo Saladino—Vuelve mañana.

—¡Cómo mañana! Ha de ser ahora mismo.

—Ahora no puedo.

—Tampoco yo puedo esperar. Mi asunto no admite dilación.

Y, nervioso como iba, le tiró el memorial á la cara.

El sultán, sin alterarse, recogió el papel; halló justa la súplica y concedió al esclavo lo que pedía.

Oigan ustedes, para terminar, este otro sucedido, que prueba hasta qué punto llegaba Saladino en moderación y en prudencia.

Hallábase un día sentado en el jardín con uno de sus generales.

A pocos pasos de él disputaban dos mamelucos. El uno tiró su chinela al otro. Este esquivó el golpe, y la chinela fué á dar en las propias narices del sultán.

Este fingió que no lo había notado (¡lo cual ya era fingir!) y siguió hablando tranquilamente con el general, contentándose con decir por lo bajo: «¡Mamelucos!»

Tal era Saladino.

Reinó veinticuatro años en Egipto y cerca de diez y nueve en Siria.

Nació en 1136 y murió en 1193.

¡Dios le haya perdonado!.

DIÓGENES

DIÓGENES

No voy á hablar aquí de *Diógenes de Apolonia,* filósofo jonio, ni de *Diógenes de Babilonia,* llamado el *Estóico,* ni de *Diógenes Laercio* el *Historiador,* ni mucho menos del *Diógenes* de *Pequeñeces.*

Al decir Diógenes me refiero al de Sinope, al auténtico, al verdadero, al popularísimo Diógenes.

Nació nuestro hombre en Sinope, ciudad marítima del Asia Menor, perteneciente á los griegos, el año 416 antes de nuestra Era.

Su padre ocupaba una brillante posición social.

Era Intendente de Hacienda y dueño de la casa de banca más importante de la ciudad.

Diógenes demostró desde su primeros años un talento nada común y una agudeza de ingenio extraordinaria.

Recibió una educación esmeradísima, alternando el estudio de la teneduría y contabilidad con el de las más flamantes doctrinas filosóficas.

Los problemas bancarios más difíciles eran para él la cosa más sencilla del mundo, y lo mismo realizaba una operación de crédito que escribía una sentencia moral... ó inmoral.

Padre é hijo vivían en la opulencia; pero la ambición les cegaba, y un día —fuerza es decirlo, puesto que todos los historiadores lo afirman—Diógenes y su padre fueron expulsados de Sinope ¡¡por monederos falsos!!

Confiscados todos sus

bienes, quedaron en la mayor de las nopias.

Del padre no ha vuelto á saberse nada hasta la fecha.

Diógenes, sin más que lo puesto, huyó de la ciudad, no sin dirigir antes á sus compatriotas las siguientes despreciativas palabras:

—¡Imbéciles! *Vosotros me desterrais de vuestra ciudad, y yo os destierro en vuestras casas.*

No hay que decir que los sinopeanos ó sinopeos, ó como se llamaran, se quedaron tan tranquilos.

Un esclavo, llamado *Menades,* fué la

única persona que acompañó á Diógenes en su vergonzosa fuga; pero á los pocos días, no pudiendo sufrir las impertinencias de su amo, tomó las de Villadiego.

—¿Por qué no mandas que le persigan y te lo devuelvan? le dijeron á Diógenes.

—¿Yo? contestó éste friamente. ¡Vaya bendito de Dios! *¿No sería ridículo que Menades pudiese vivir sin Diógenes y que Diógenes no pudiese vivir sin Menades?*

Andrajoso, derrotado y con un hambre más que regular, llegó por fin á Atenas.

—¿Qué me haré aquí? se preguntó al entrar en la ciudad.

—Hazte ropa, que bien la necesitas, le contestó burlonamente un ateniense.

Diógenes le miró de arriba á bajo con el mayor desprecio y siguió su camino.

El hambre apretaba, y era necesario comer. Acercóse á una panadería y pidió con altivez que le diesen una hogaza.

—¿Traes dinero? le preguntó el dueño de la tahona.

—No.

—Pues búscalo.

—¿Dónde?

—En el trabajo.

—Que trabajen los brutos. Yo no he nacido para eso. Soy un sér superior.

—Pues, ¿qué eres?

—¡Filósofo!

—¡Bonita carrera para echar pantorrillas! Toma, toma ese pedazo de pan y quítate de mi vista, que no tengo ganas de conversación.

Diógenes cogió el mendrugo, y dudó un momento entre comérselo ó arojarlo á la cara del que se lo daba. Al fin optó por lo primero.

Que cuando el hambre aprieta de ese modo, se pierde orgullo y vanidad, y todo.

Lo que pasó Diógenes hasta darse á conocer de los atenienses no es para dicho.

Estaba entonces muy en moda en Atenas la filosofía cínica.

El epíteto de *cínico* viene de una palabra griega que significa perro

—Ninguna escuela filosófica como ésta para la vida perra que llevo, se dijo Diógenes. Así podré decir perrerías de todos mis semejantes.

Y se hizo Cínico, con el mayor cinismo del mundo.

Antístenes, fundador de esta escuela, no quiso recibirle como díscípulo.

Diógenes insistió, y, á despecho del maestro, era el primero que se presentaba á escuchar sus lecciones como alumno libre

A Antístenes le molestó tanto aquella terquedad, que un día trató da echarle á palos.

—*Pega, pega* (le contestó Diógenes presentando las desnudas espaldas) que mientras tengas algo que enseñarme, no hallarás palo bastante fuerte para alejarme de tí.

Antístenes cedió, y Diógenes fué uno de los Cínicos más aventajados y, sin duda, el más orgulloso de sus teorías filosóficas.

Los Cínicos declamaban contra el lujo y la riqueza.

Los títulos nobiliarios y las distincionea sociales eran para ellos *ornamentos del vicio.*

Fundaban la felicidad en la independencia y la independencia en la miseria.

Diógenes se propuso predicar con el ejemplo.

Sin más traje que una capa raida y apoyado en un bastón, y con unas alforjas al hombro, recorría las calles de Atenas maldiciendo descaradamente de cuantas personas bien vestidas encontraba á su paso.

Su odio á los caseros le decidió á tomar como vivienda una tinaja desporti-

llada que había encontrado en las afueras de la ciudad, y que él trasportaba á capricho al barrio que más le convenía.

Los chiquillos le llamaban el Caracol filósofo.

Sus ocurrencias felices y la causticidad de su lenguaje eran la admiración de cuantos le hablaban.

Un biógrafo dice que «Diógenes jamás se mordió la lengua para decir las verdades.»

Hacía muy bien. Con morderse la lengua no hubiera conseguido más que hacerse daño inutilmente.

Metido un su tinaja se pasaba toda la noche y gran parte del día.

No tenía más utensilio de cocina que una escudilla de barro, de la que se servía para beber agua en las fuentes.

Un día vió á un muchacho que bebía ahuecando la palma de la mano.

—¡Necio de mí! exclamó. Ese niño acaba de darme una lección. No necesita vaso para beber. ¡Y yo he conservado tanto tiempo una cosa supérflua.

Y tiró con desprecio la escudilla, que se hizo cincuenta pedazos.

La popularidad de Diógenes llegó á ser extraordinaria en toda la Grecia.

Se hablaba de él como de un ser verdaderamente superior y se comentaban todas sus ridiculeces y extravagancias.

Porque eso sí extravagante lo era como ninguno.

Una vez tuvo la peregrina idea de salir en pleno sol por las principales calles de Atenas con una linterna encendida como buscando algo que no encontraba.

—¿Qué es eso? ¿Qué se te ha perdido? le preguntaban.

—¡Nada! respondió. ¡Busco á *un hombre* y no consigo encontrarlo!

En otra población que no fuera Atenas,

probablemente le hubieran encerrado en un manicomio; pero los atenienses se contentaban con decir: «¡Cosas de Diógenes!»

Y es que ya en aquella época el hombre que tenía *cosas* estaba autorizado para cometer impunemente las mayores locuras.

El único lujo que Diógenes se permitió en su vida fué el de veranear.

Los inviernos los pasaba en Atenas, pero en cuanto se acercaba el verano ya estaba nuestro hombre camino de Corinto.

Como es natural, el *Gran Cínico* viajaba siempre con su capa, su bastón, sus alforjas y su tinaja.

Hallándose en Corinto recibió la visita de *Alejandro el Grande,* que deseaba conocerle, pues ya tenía noticias de su talento y de sus excentricidades.

Estaba Diógenes recostado tomando el sol tranquilamente, cuando se le acercó el rey de Macedonia seguido de toda su corte.

—Vengo á tener el gusto de conocerte, le dijo Alejandro.

—Pues me alegro mucho, le contestó Diógenes sin cambiar de postura y con la mayor indiferencia.

—Quiero otorgarte algún favor. ¿Qué deseas de mí?

—*Que te apartes á un lado y que no me quites el sol.*

Aquella contestación irrespetuosa produjo estupor entre los que acompañaban al monarca.

—Dejémosle, dijo Alejandro. Ha con-

testado perfectamente. Aplaudo su orgullo y respeto su independencia. ¡*Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes*!

—(¡Pues vaya un gusto!) añadió por lo bajo uno de los cortesanos, haciendo ascos al ver el miserable aspecto del filósofo.

—

Pasaba el tiempo y la fama de Diógenes crecía con los años.

Era ya bastante viejo, cuando sus admiradores de Egina, isla situada en el golfo de Salónica, le rogaron que les hiciera una visita.

Embarcóse Diógenes con todo su *ajuar*, y á las pocas millas de la costa cayó el buque en poder de unos piratas.

El filósofo fué declarado *buena presa*, y sus dueños le pusieron en venta, entre otros cautivos, en una de las plazas principales de Corinto.

—¿*Quién compra un maestro*? gritaba Diógenes con una soberbia verdaderamente irritante.

—Pues ¿qué sabes tú? le dijeron.

—¿Yo? ¡*Enseñar á los hombres*!

—Sí; ya veo que enseñas algo más de lo que la decencia aconseja, le replicó un *guasón* de la época,

El ricacho *Jeniades* compró al filósofo y se lo llevó á sú casa, no sin antes obligarle á que se diera un baño de limpieza.

Los amigos de Diógenes quisieron rescatarle, pero él les dijo con su acostumbrado orgullo:

—No temais por mi suerte. Los leones no son esclavos de los que los mantienen sino todo lo contrario: éstos son los criados de los leones.

Jeniades le confió la educación de sus hijos, y hasta dicen que la administración de sus bienes. ¡Genialidades de Jeniades!

Y vean ustedes lo que son las cosas. El orgulloso Diógenes, el *león salvaje*, como él se llamaba; el filósofo cínico, libre é independiente, murió siendo un modelo de humanidad y de mansedumbre.

Y lo que es más extraño todavía. Aquel hombre que se había pasado gran parte de sú vida casi desnudo, mal alimentado

y sin lavarse más que cuando llovía, alcanzó la respetable edad de noventa y seis años!

¡Fíense ustedes ahora de la higiene!

—

Para terminar, allá van unos cuantos casos y cosas referentes á nuestro filósofo.

Paseaba un día por los alrededores de Atenas y se asombró de que hubieran construído un puente magnífico sobre un riachuelo insignificante.

—¡Lástima de obra! exclamó. Deben vender el puente para comprar el agua.

—

Un propietario de Corinto que tenía fama de mala persona, se hizo una casa, sobre cuya puerta de entrada mandó poner este letrero: «Que nada malo entre por esta puerta.»

—¿Por donde entrará el dueño de la finca? preguntaba Diógenes.

—

Platón, contemporáneo del Cínico, había definido al hombre diciendo que era un animal de dos pies y sin pluma.

Diógenes cogió un pollo, lo desplumó, y arrojándolo por la ventana de la escuela, gritó desde fuera:

—Amigo Platon, ¡allá va ese muchacho!

—

Durante una manifestacién política, el hijo de una dama de reputación dudosa arrojó una piedra sobre la multitud.

¡Cuidado niño! gritó Diógenes. No tires piedras, que puedes descalabrar á tu padre.

—

Cuando se sintió morir, llamó á algunos amigos y les dijo:

—Voy á emprender el último viaje, y necesito dictar algunas disposiciones.

Lego mi bastón á los herederos de Antístenes. ¡Que vea mi maestro que no me olvido de sus palos!

Las alforjas se las regalo á quien las

quiera, que para este viaje no necesito alforjas.

Deseo que á modo de mortaja me pongáis un sayo. Dadme unas tijeras y lo cortaré de mi capa. Quiero morirme haciendo de mi capa un sayo.

Nada de sepulturas... En cuanto haya muerto, arrojadme al campo.

—De ningún modo, le dijeron. Serviríais de pasto á las fieras.

—Ponedme un palo en la mano para ahuyentarlas.

—¿Cómo has de hacerlo, si ya no sentirás nada?

—Pero si no he de sentir nada, replicó Diógenes, ¿qué me importa á mí que las fieras me coman?

Y diciendo esto exhaló el último suspiro.

Sus admiradores no acataron la última voluntad del filósofo, y le hicieron un magnífico entierro. Sobre su sepulcro colocaron un perro de mármol.

En la losa se leía lo siguiente: «AQUÍ YACE EL PRIMER BOHEMIO.»

FABRICIO

FABRICIO

Decir *Fabricio* á secas es como no decir nada.

Fabricio es... cualquiera.

Cayo Fabricio Luscinio ya es otra cosa. Metido el *Fabricio*, á modo de emparedado, entre el *Luscinio* y el *Cayo* toma el nombre cierto saborcillo clásico muy agradable.

La historia, sin embargo, designa á nuestro personaje solamente con el vulgarísimo nombre de *Fabricio*.

Y esta vulgaridad ha sido causa de varias lamentables equivocaciones.

En un examen de Historia romana preguntó el profesor á uno de los alumnos menos aplicados:

—¿Qué sabe usted del cónsul Fabricio?

—Está bueno, gracias.

—¿Eh?

—Ayer tuvimos carta suya.

—¡Cómo! ¿Están ustedes en correspondencia con el famoso romano Cayo Fabricio?

—¡Ah! Usted dispense. Como oí que me preguntaba por el cónsul Fabricio creí que se refería usted á mi cuñado Fabricio Rodríguez, que está de cónsul de España en Perpignan.

—¡No, señor! Yo le preguntaba á usted por *Cayo*.

—¡Justo! Y yo le tomé por el *to-cayo*.

. . . . . .

Los tres autores que tengo á la vista pasan por alto la infancia y adolescencia de Fabricio.

Yo, para no dejarlos en mal lugar, no

quiero meterme en averiguaciones que, después de todo, á mi no me importan... ni á ustedes tampoco.

Tomo á mi hombre desde que era general.

Y conste que éste no era un general cualquiera, sino que se había ganado los entorchados á punta de espada y peleando como un valiente.

El, y sólo él, consiguió meter en cintura á los *Brucios*, á los *Sanmitas* y á los *Lucanios*.

Los mejores poetas cantaron sus glorias en variedad de metros, y la musa callejera le dedicó también unas aleluyas llegaron á hacerse populares en Roma.

Ahí van unas cuantas que he logrado copiar de un *incunable* de la época:

«Tiene Roma á su servicio
al invencible Fabricio.

—

Y es Fabricio un general
muy decente y muy formal.

—

No hay enemigo insultante
que se le ponga delante.

—

Pues con la espada en la mano
derrota al género humano.

—

Lucha siempre en franca lid
y es más valiente que el Cid (1).

—

Los *Sanmitas* le insultaron
su pago se llevaron.

—

Con los *Lucanios* luchó
y al punto los derrotó.

—

Y dió una zurra á los *Brucios*
por cobardes y por sucios.»

Y no copio más por no molestar á ustedes.

Si como general logró nuestro héroe una

---

(1) El Cid no había nacido todavía,
pero ya el pueblo aquel le presentía.

gloria tan alta, no fué menos la que alcanzó como hombre de administración.

Su honradez era exagerada.

No tenía nada suyo. Lo que le sobraba del sueldo lo repartía entre los soldados y vivía con una humildad rayana en la miseria.

Le nombraron cónsul, y él, nada, siguió como si tal cosa, habitando una modesta casita de las afueras de Roma y sin querer percibir retribución alguna por el cargo.

Estaban entonces los romanos en guerra con el ambicioso *Pirro* que se *pirraba* por pelearse con todo bicho viviente.

Roma resistía con indomable heroismo

Pirro comprendió que era necesaria la paz y solicitó una entrevista con Fabricio.

Este no tardó en acudir á la cita.

Pirro, que era un tuno muy largo, trató de catequizar al incorruptible romano, y sabiendo que el pobre hombre no tenía sobre que caerse muerto, le ofreció, como presente, una gran cantidad en monedas de oro nuevecitas...

—¿Y qué voy á hacer yo con ese dinero?—le preguntó el honradísimo Fabricio.

—Te lo guardas, y en paz.

—A ese precio, prefiero que sigamos en guerra.

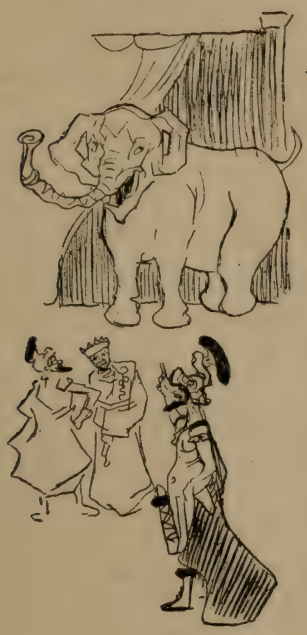
—Quiero decir que...

—No te molestes, Pirro. Agradezco mucho tu atención, pero puedes guardarte esos cuartos, porque yo no necesito para nada.

Y se retiró á descansar en la habitación que ya le tenían dispuesta.

«Queriendo Pirro probar al día siguiente el decantado valor de Fabricio, mandó sus criados que, mientras estuviese ha-

blando con él, hiciesen poner á su mayor elefante detrás de unos tapices. Fabricio jamás había visto ninguno de estos animales. Llegó el momento de la entrevista y cuando el romano exponía tranquila-



mente las razones que tenía para no admitir las imposiciones de Pirro, á una señal de éste se descorrieron de pronto los tapices y apareció un enorme elefante, dando un bramido terrible y levantando la trompa sobre la cabeza de Fabricio.»

El cual, sin inmutarse, se volvió hacia el rey y le dijo sonriéndose:

—¡Me hace gracia el animalito!

Y dijo el rey asombrado:

—¡Hombre, admiro tu valor!
¡Animalito has llamado
al elefante mayor
que en el Asia se ha criado!
¡Mírale! ¡Si es colosal!
Tu indiferencia glacial
¡vamos! me saca de quicio.
¿No te asusta ese animal?
Y le respondió Fabricio:
—Pirro, estás equivocado
si con animales tales
acobardarme has pensado,
que tú me has acostumbrado
á tratar con animales.

Y dicha esta galantería, saludó respe-

tuosamente y tomó el camino de Roma sin ultimar las negociaciones diplomáticas.

Continuó la guerra entre ambos ejércitos, y un día recibió el Cónsul Fabricio una esquelita del médico de Pirro (¡buena persona!) en que le prometía envenenar al rey mediante una recompensa.

El cónsul cogió un pliego de papel y dirigió á Pirro la siguiente carta:

«Muy señor mío: Siento decirte que has escogido muy mal tus amigos y tus enemigos, pues por la adjunta esquela de tu médico de cámara, que acabo de recibir, verás que haces la guerra á gentes honradas y, en cambio, te rodeas de malvados. Te aviso esto, no para captarme tus simpatías (que no las necesito), sino por temor de que se nos impute tu muerte á traición. Con nuestro valor nos sobra para reventarte sin necesidad de acudir á las recetas de ese mediquillo despreciable.

Tuyo afectísimo enemigo que no te besa nada,

FABRICIO».

Y, efectivamente, después de algunas palizas monumentales, el gran Pirro fué derrotado, teniendo que volverse á su país á uña de elefante.

Los romanos, admirados de la severidad de costumbres de nuestro cónsul—mejor dicho, el suyo—le nombraron censor juntamente con *Emilio Papio*, hombre de ejemplarísimas costumbres.

En una república como aquélla, que sólo se sostenía por la honradez de sus ciudadanos, estaba mal mirado que los que ejercían algún cargo oficial acumulasen riquezas é hiciesen ostentación de lujo en sus casas.

De Papio se cuenta que la única plata que poseía era un platillo toscamente cin-

celado en que hacía sus ofrendas á los dioses, y en cuanto á Fabricio, baste decir que toda la riqueza de su vajilla se reducía á un salero de plata con el pie de hueso que no valía tres pesetas.

Por eso decía una poetisa romana:

«Fabricio, varón austero
y severísimo juez,
brillará por su honradez,
pero no por su salero.»

Los dos censores giraban de vez en cuando alguna visita á las casas de los principales personajes de Roma, y ¡ay de aquél que no viviera con modestia!

Un día—¡asómbrense ustedes!—«borraron de la lista á un senador llamado Cornelio Rufino que había sido dos veces cónsul y dictador, porque tenía en su casa *¡diez libras de plata labrada para el servicio de su mesa!*»

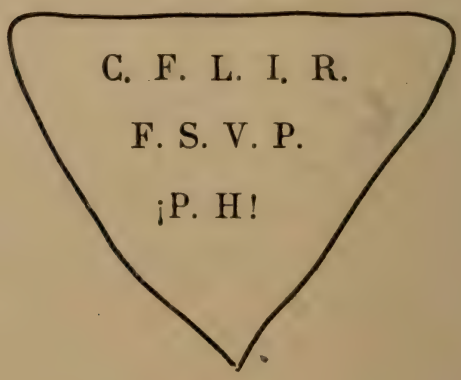
¡Cómo cambian los tiempos! ¿Qué senador habrá hoy que no tenga para su uso particular cuatro docenas de cubiertos de plata... Meneses?

. . . . . .

Después de muchos años de gobierno, la quebrantada salud de Fabricio le obligó á abandonar los negocios públicos, y se retiró á su miserable casucha donde, sin más renta que la que le producían las legumbres que él mismo cultivaba, acabó sus días víctima de una gastroenteritis, producida quizás por el abuso de las coles...

Su pobreza fué tan grande, que tuvieron que enterrarle de limosna. Y ¡oh ingratitud humana! ¡á la conducción del cadáver no asistió ni un sólo carruaje!

Un amigo y admirador del infortunado Fabricio le dedicó este cabalísitico epitafio:



Un insigne arqueólogo asegura que estas letras quieren decir:

CAYO FABRICIO LUSCINIO INSIGNE ROMANO
FUERON SUS ULTIMAS PALABRAS
PROBIDAD. HONRADEZ!

Pero yo creo que lo que quieren decir es lo siguiente:

¡CUANTA FUÉ LA INGRATITUD ROMANA!
FALLECIÓ SIN UNA PESETA
¡POBRE HOMBRE!

LÚCULO

LÚCULO

INTERVIEW

—¿Es el señor Lucio Licino Lúculo á quien tengo el honor de saludar?

—Servidor.

—Muy señor mío. Perdonad que no os

conozca personalmente, pero como hace tiempo que estáis retirado de los negocios públicos, y yo soy nuevo en el periodismo romano...

—¡Ah! ¿Sois periodista?

—Si señor, aunque me esté mal el decirlo. Varios amigos hemos fundado una Revista ilustrada, con el título de «*Roma artística, literaria, política, comercial y de intereses generales.*»

—Muy bonito título.

—Idea mía, señor Lúculo. Pues bien. Con objeto de dar amenidad á la publicación y conseguir por ese medio mayor número de suscriptores, hemos decidido publicar desde el próximo número una colección de *interviews*.

—¿Y qué es eso?

—Pues conversaciones familiares é íntimas con los personajes más notables de la época.

—¡Ah! ¡Ya!

—Yo me he encargado de preguntaros una porción de cosas y por eso me permito molestaros.

—Nada de eso. Precisamente me co-

jéis de buen humor. Hoy no me molesta la dispepsia. Podéis empezar.

—Gracias. Un biógrafo asegura que desde niño demostrasteis vuestro talento, y que cuando apenas contabais veinte años conocíais perfectamente *las letras griegas.*

—Tonterías de los biógrafos. Un alfabeto, aunque sea el griego, se aprende con facilidad. Es cuestión de memoria.

—Aseguran que vuestro padre...

—Sí, ya sé lo que dicen. Que distrajo los fondos públicos.

—Una distracción la tiene cualquiera.

—Naturalmente; pero ya sabéis que yo llevé el asunto á los tribunales y procuré demostrar que el delito que se le imputaba á mi padre era sólo una vil calumnia de sus enemigos políticos.

—¿Y lo demostrasteis en efecto?

—No; pero hice lo que debía.

—Muy bien hecho.

—A Sila le gustó mucho mi conducta y solicitó mi amistad.

—¿Y se la concederíais desde luego?

—¡Pues claro! ¿A quién no le gusta cogerse á buenas aldabas?

—Pues con Sila de protector, que era más que tener el tío Alcalde, haríais carrera seguramente.

—¡Figuraos! Me nombraron cuestor del Asia y pretor del Africa. Dos destinos en que he podido hacer dinero...

—¿Y no lo habéis hecho?

—No, señor. He querido demostrar que no era hijo de mi padre.

—Ese rasgo ennoblece á cualquier hijo. Hablemos de vuestros triunfos como militar. ¿Dónde hicísteis vuestras primeras armas?

—Las compré hechas.

—No es eso; digo, que...

—¡Ah! sí. Había comprendido mal. Pues mis primeras armas las hice contra *Amilcar*.

—¿Y qué?

—Pues nada. Le pegué un par de palizas más que regulares.

—La palabra paliza no me parece muy á propósito. Diré que le habéis derrotado.

—Decid lo que os dé la gana.

—¿Qué otros favores debéis á Sila?

—El pobrecito al morirse...

—¡Dios le haya perdonado!

—Me dedicó sus memorias y me nombró tutor de sus hijos. Al año de su muerte...

—¿De la muerte de los chicos?

—No, hombre, de la muerte del padre.

—¡Ya!

—Me nombraron Cónsul con *Marco Cota*.

—No temeríais la rivalidad de vuestro compañero. Vos serías el cuadro y Cota no sería más que el *marco*.

—Veo que jugais del vocablo.

—Costumbre del periódico. Seguid.

—En aquella época nos amenazaba nuevamente *Mitrídates* que, como sabéis, era enemigo declarado de Roma.

—Algo he oido hablar de eso.

—Yo quería ponerme al frente de los ejércitos, pero nadie me designaba para este cargo. Entonces pensé...

—¿Qué?

—Es algo grave lo que voy á deciros, pero ¡qué diablo! la cosa se hizo pública

y no hay para qué ocultarla. No habréis conocido á *Cetego.*

—No señor, no he tenido ese gusto.

—Pues el tal Cetego era un orador popularísimo. Adulando al pueblo en todos sus discursos, dirigía los negocios de la república y disponía á su antojo de los gobiernos y de los destinos.

—Vamos, sí. Era un cacique.

—Algo parecido.

—El pueblo adoraba en él, y cosa que Cetego dijese no admitía discusión. Cetego y yo estábamos medio reñidos, por nada, por pequeñeces políticas, pero yo á todo trance necesitaba de su apoyo. ¿Qué diréis que se me ocurrió?

—¡Qué sé yo!

—Pues una atrocidad; pero amigo mío, no había otro camino. El fin justifica los medios. No sé si convendrá publicarlo.

—¡Venga! ¡Venga! Nosotros lo publicamos todo.

—Pues es el caso, que Cetego tenía una querida muy guapa.

—¡Hola!

—La tal querida le dominaba completamente.

—Es lo que pasa.

—Yo le hice el amor á aquella mujer.

—¿Y qué?

—Que me recibió con los brazos abiertos.

—¡Claro! ¿Pero luego los cerraría?.

—¡Completamente!

—¡Ya me lo figuro!

—Creo que podemos pasar por alto mi primera entrevista con aquella mujer.

—Lo siento, pero en fin...

—El resultado fué, que ella me recomendó á Cetego; que Cetego me recomendó al pueblo, y que yo no me recomendaba por mi caballerosidad. Esto último no necesitan saberlo los suscriptores.

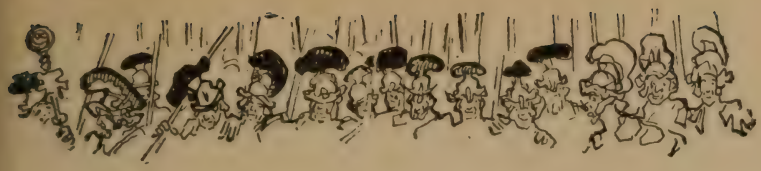
—Ni falta que les hace.

—En fin, amigo mío, que por este medio, que soy el primero en recriminar...

—Y yo el segundo.

—Conseguí el gobierno de la Cilicia y el mando del ejército que enviaban contra Mitrídates. Mi buen compañero Cota tomó el mando de la flota.

—¿Váis á seguir en aleluyas? Eso tendría cierta novedad.



—Dispensad; me han salido los versos sin querer. Decía que Cota se encargó de defender las costas de la Propóntide, y el pobrecillo, que como almirante era bastante bruto, se dejó encerrar en la Calcedonia, de donde no hubiera salido seguramente si yo no hubiese acudido en su auxilio. Obtuve luego una victoria en las riberas del Granico. Al año siguiente tomé la Bitinia; destruí en dos combates la escuadra que Mitrídates había enviado

á Italia, y le acosé de tal modo, que el pobre príncipe se vió precisado á huir,

yendo á contárselo todo á su abuelo el señor *Tígranes*, rey de Armenia. ¡Figuraos qué papel haría allí el derrotado Mitrídates!

—El papel de Armenia. Lo conozco mucho.

—Su señor abuelo era un tío...

—¿En qué quedamos? ¿Era tío ó era abuelo?

—Digo que era un tío muy vanidoso.

—¡Ah!

—Y dueño de muchos Estados y de un ejército numerosísimo. Pero yo no me achiqué por eso. Pasé el Tigris y me

metí en la Armenia. Tígranes no quería creerlo y al primero que le dió la noticia le cortó la cabeza.

—¡Qué animal!

—Convencido luego de la verdad, mandó á su general *Mitrobarzanes* que saliese en mi busca y que me llevara vivo ó muerto á la corte. ¡Vamos, hombre! ¿Venirme á mí con esas? Uno de mis tenientes cogió á Mitrobarzanes y le *mitrobarzaneó* de lo lindo. Tígranes que vió como las gastábamos, abandonó la ciudad de Tigranocerta y se retiró hacia el monte Tauro seguido de sus ejércitos. Allí se creyó tan seguro que se reía de mis propositos. «¿Luculitos á mí? se decía. El y todos los generales romanos juntos me importan tres cominos.» Debo advertiros que su ejército se componía de la friolera de trescientos mil hombres de infantería y cuarenta mil caballos.

—¿Con sus jinetes respectivos?

—¡Naturalmente! ¡Pues nada! No me asustó tanta gente, y cuando más distraidos estaban todos celebrando las fanfarronadas de su rey, me lancé sobre ellos

con el puñado de valientes que tenía á mis órdenes, y creo que Tígranes está corriendo todavía, y ya veis si han pasado años desde entonces.

—¡Valiente...

—Gracias.

—Digo que ¡valiente susto se llevaría el monarca!

—Como que en la fuga se le cayó la

corona, que por cierto vino á parar á mis manos. Era una joya que valía un dineral.

—¿La conservaréis como recuerdo?

—¡No! La vendí. Mis ideas republicanas no me permitían conservar un atributo de la monarquía.

—Lo mismo hubiera hecho yo. Seguid.

—La derrota fué tan brutal que el enemigo dejó sobre el campo ciento veinte mil cadáveres.

—¿Y de los nuestros?

—De los nuestros no murieron más que cinco.

—¿Cinco mil?

—No, hombre, cinco. Cuatro soldados y un cabo. Leed los partes de la guerra y os convenceréis de lo que digo.

—Os advierto que no me importa el número de muertos, porque, después de todo, yo no he de cargar con ninguno. Supongo que vuestros soldados os adorarían.

—Pues, no señor. Como yo les obligaba á andar derechos y ellos tenían una intención muy torcida, se me amotinaron repetidas veces, hasta el punto de desobedecer mis órdenes. Con tropas así no se podía ir á ninguna parte. En Roma lo supieron y me retiraron el mando del ejército, nombrando para sustituirme al orgulloso Pompeyo, que en aquellos días había regresado de España. Os aseguro

que el momento de resignar el mando fué el más amargo de mi vida.

—No me extraña.

—Pompeyo se me presentó rojo de vergüenza; pero yo le puse verde.

—¡Lo creo!

—Como que el muy pillo no iba más que á recoger el fruto y la gloria de mis trabajos.

—¡El hombre se quedaría frio!

—Sí, pero yo le calenté las orejas. A mi regreso á Roma pedí los honores del triunfo y, aunque á regañadientes, me los concedieron. ¡Como que yo, y solo yo había bajado los humos á los dos reyes más grandes de aquellos tiempos! Aquí termina mi vida militar y política. Creo que ha sido bastante lata.

—Para lata, la que yo les voy á dar á nuestros suscriptores. Proseguid si es que no os molesto.

—Todo lo contrario. Amargado con las injusticias que conmigo se cometieron y desengañado del mundo, me dediqué á la buena vida.

—Aseguran que vuestra fortuna es cuantiosísima.

—¡No que no! ¡Como quo yo iba á venirme de rositas! La millonada que poseo es producto del botin de guerra.

—¿Y lo llamáis botín? ¡Esas son unas botas de montar!

—Y vuelta á jugar del vocablo.

—Ya os he dicho que es la costumbre del periódico.

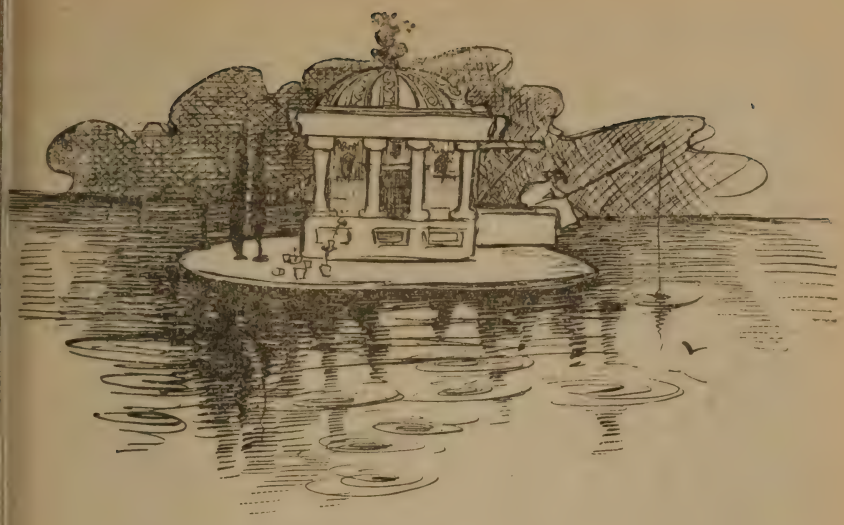
—No es muy buena costumbre, pero en fin... Estamos en que en estos últimos años me dediqué á los placeres. Ya sabréis que soy dueño de varios palacios.

—Lo sé.

—Este en que estamos no es de los más suntuosos. Tengo varias fincas de recreo en las costas de la Campania y en los alrededores de Nápoles. ¿Sois aficionado á la pesca?

—Si he de ser franco, no sé lo que me pesco.

—Pues volved mañana y os llevaré conmigo al Islote. Allí, en aquella posesión abunda la pesca. Podréis desde la cama coger una merluza.



—Y aquí también. Ya he oido hablar de vuestras bodegas.

—Luego las veréis. Tengo una fortuna en vinos. Visitareis también mi guardarropa. ¡Os sorprenderá la riqueza de mis trajes! Básteos con saber lo siguiente Hace dos años, un pretor, Licio, proyectó grandes festejos públicos y me pidió que le prestara varios mantos de púrpura para vestir á los comparsas. «¿Cuántos necesitais?» le pregunté. «Me bastan ciento» respondió. Y yo le mandé cinco mil.

—¡Qué barbaridad!

—¿Ya habreis oído hablar de mis banquetes?

—Sé que son *luculentos*.

—No os digo más que una cosa. La semana pasada estuvieron á visitarme unos amigos griegos que estaban de paso en Roma. Los convidé á almorzar, y cómo almorzaríamos que al despedirse me dijeron: «Amigo Lúculo. Esto ya es demasiado. No insistas en que volvamos porque dos banquetes como éste arruinarían al más poderoso.» Y yo les respondí lo siguiente: «Volved cuando queráis. Estos lujos no son sólo para obsequiaros á vosotros, sino también para obsequiar á Lúculo».

—¿Y volverían?

—Naturalmente. Como que en los cuatro días que estuvieron aquí sacaron la tripa de mal año! ¿Y no sabéis lo de Cicerón?

—¿Qué pasa?

—Pues oidlo, por que es muy chistoso. Cicerón y un amigo suyo creían que todos estos lujos que yo despliego en mis banquetes eran sólo para los convidados, y que yo cuando como solo, lo hago con bastante pobreza; es

decir, que no salgo de sota, caballo y rey.

—Ignoraban que en cuestión de comidas hacéis uso de toda la baraja.

—¡Pues claro! Hace unos cuantos días vinieron á visitarme precisamente á la hora del almuerzo, con ánimo de sorprenderme. «¡Tanto bueno por aquí!» les dije. «¿Queréis almorzar conmigo?» «Con mucho gusto,» respondieron. «Pero con una condición.» «¿Cuál?» «Que no admitimos extraordinarios, por lo cual no permitiremos que des orden ninguna á tus cocineros.» «¡Corriente! Almorzareis lo que haya dispuesto para mí.» «Eso deseamos.» «Pues dentro de diez minutos nos sentaremos á la mesa.» Y llamé á mi mayordomo y le dije: «Que nos pongan la mesa en la *Sala de Apolo*.» Esta es la señal convenida con mis servidores. Según la sala en que mando poner la mesa, así es la importancia del banquete. En la de *Apolo* celebro los más importantes. Cuando se trata de señoras nos vamos á la *Sala de Venus*, y á los amigos íntimos y de confianza, los recibo en la de

Mercurio. Excuso deciros que el almuerzo de aquel día fué de los que dejan nombre en la Culinaria. Cicerón y su amigo marcharon asombrados de la riqueza de mi mesa.

—Supongo que repetirían.

—El amigo de Cicerón, sobre todo, repetía de una manera brutal. Aquellos no eran eructos, eran cañonazos. ¡Como que el hombre había almorzado lo mismo que un buitre! Y á propósito de almorzar. Supongo que no lo habréis hecho todavía.

—Comprenderéis que viniendo á vuestra casa no iba á ser tan cándido que almorzase en la mía.

—Me alegro. Os sentaréis á mi mesa. Como sois de confianza, almorzaremos en la sala de *Mercurio.*

—Tratándose de comer, no digo en la de *Mercurio,* aunque sea en la de *Yoduro potásico.*

. . . . . .

. . . . . .

Hasta aquí la *interview* que copiamo textualmente del número VI de la *Roma artística, literaria, politica, etc.*

Lúculo dedicó los últimos años de su vida no sólo á los placeres, sino también al estudio de la Filosofía.

Cicerón, que fué grande amigo suyo, habla de él en uno de sus diálogos.

Todos los sabios de Roma cultivaban la amistad de Lúculo.

Hay quien cree que iban al olor de la comida.

Uno de ellos llegó á decir en sus escritos, que la Culinaria y la Filosofía eran dos ciencias hermanas.

Lúculo murió á los sesenta y ocho años de edad, víctima de un ataque de *delirium tremens.*

Hubo quien dijo que uno de sus esclavos le había envenenado con una copa de vino.

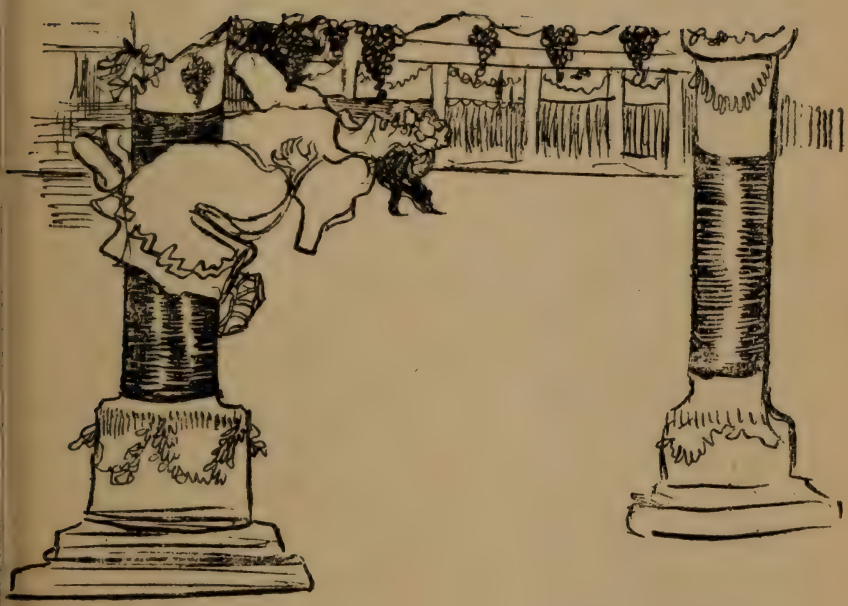
No lo creemos. Los vinos de las bodegas de Lúculo no mataban con el uso, pero sí con el abuso.

¡Y no hay que decir si Lúculo habría abusado de las bodegas!

Sus funerales fueron suntuosísimos. Sobre su tumba, en vez de un ciprés, plantaron un cerezo.

Europa debe á Lúculo la importación de este hermoso frutal.

Los aficionados á las cerezas debemos dedicar un cariñoso recuerdo á la memoria de este general ilustre, ya que los bebedores de *kirchs* bendicen eternamente el nombre de Lúculo...



TITO

TITO

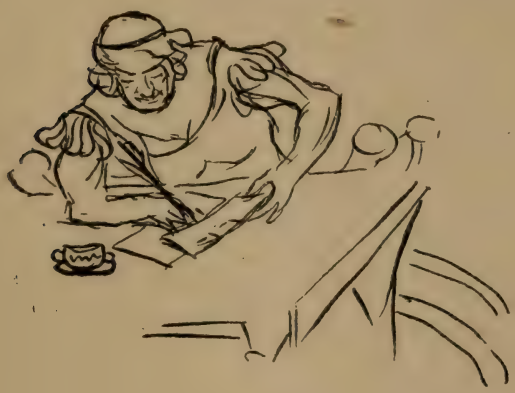
Dejo la prosa vil para otro día.
Hoy me entrego á la dulce poesía,
y osado me permito
hablar en verso del famoso Tito.
(Un paréntesis hago, que es muy justo.
No hablo de *Tito Livio*, el paduano,
célebre historiador, gloria de *Augusto*.
El Tito que ahora cito

fué el hijo del ilustre *Vespasíano*:
FLAVIO SABINO VESPASIANO TITO,
emperador Romano.)
Hecha esta aclaración tan importante,
pasemos adelante.

—

Según la historia cuenta,
nació mi Tito el año de cuarenta
de la Era cristiana,
católica, apostólica, romana.
Fué de niño travieso y revoltoso,
y no había criado ni niñera
que pudiese con él por lo mimoso
que el tal chiquillo era;
y fué más tarde un mozo calavera,
muy truhán, muy perdido y muy vicioso.
Era listo, eso sí; muy aplicado
y sabía de todo el condenado;
pues si bien se entregaba á los placeres
y estaba rodeado
de músicos é histriones y mujeres,
no por eso el estudio abandonaba.
Esgrimía las armas con denuedo
y, orador muy notable, pronunciaba
cada discurso que cantaba el Credo...

Tuvo una habilidad vituperable.
Manejaba la pluma mi buen Tito
de un modo tan notable,
que no hubo en Roma documento escrito,
ni pliego, ni inscripción, ni firma rara
que él no falsificara.



En ratos de ocio se ocupaba en eso,
no con mala intención ni fin avieso,
sino por pura broma, por capricho.
En fin, que el tal muchacho era el demonio.
Y no lo digo yo, que eso lo ha dicho
un hombre respetable: *Suetonio*.

--

Estando Vespasiano en el Oriente
tuvo de pronto que volver á Roma,
y le ocurrió la salvadora idea
de colocar á su heredero al frente
del numeroso ejército en Judea.
Va Tito, el mando toma;
Jerusalén sitiada no se doma;
sus hijos, con esfuerzos sobrehumanos,
dicen al sitiador: «¡Nadie se humilla!
»Entrar aquí no es cosa tan sencilla,
»que el vencernos es *obra de romanos*».
Y Tito respondió: «¡Perfectamente!
»¿Es obra de romanos? Pues ¡corriente!
»¡Obra nuestra ha de ser! ¡Así lo espero!
Romanos! ¡A morir! ¡Y yo el primero!»
Y después de luchar como un valiente,

entró en Jesusalén tranquilament ...

¡Así este mozo terminó una guerra
que era asombro y espanto de la tierra!

—

Según la historia dice,
vivía en aquel tiempo *Berenice*,
una viuda muy guapa—dicho sea
en verdad y justicia,—
hija de *Agripa*, rey de la Judea,
viuda de *Polemón*, rey de Cilicia.
Ya ves, lector, que Berenice hermosa
no era, como mujer, cualquiera cosa
Era, sí, *de muchísimo cuidado*.
Tito la amó como á mujer ninguna
y estaba por *su viuda* tan *chiflado*
que se gastó con ella una fortuna.

—

En *juergas* y en orgías
se pasaba las noches y los días,
cuando al morir su padre, Vespasiano,
se vió Tito en el trance grave y serio

de ir á empuñar las riendas del imperio
contra el gusto y deseo de su hermano,
el cruel y envidioso *Domiciano*.

—

El pueblo, que sabía
el género de vida que se hacía
el licencioso Tito,
á quien llamaban todos *Neroncito*,
temió que el nuevo emperador iría
á hacer bueno á *Nerón*, y así decía
en unos versos un ilustre vate:
«*¡Pueblo de Roma! ¡Viene Tito! ¡Tate!*
¡Como nos descuidemos un poquito,
menudo tute va á *pegarnos Tito!*»

—

Mas no fué así, que el joven licencioso
cambió de tal manera
que, en vez de ser terrible y orgulloso
como Nerón lo era,
fué dulce y bondadoso,
modelo de virtud—¡quien lo pensara!—
tan sabio, tan prudente,
que consiguió que Roma le llamara:
El amor y delícia de la gente.

—

Berenice ¡infeliz!
creyó llegar á ser emperatriz,
porque su dulce amante apasionado
se lo había jurado;
pero su amante lo pensó mejor
y en cuanto fué nombrado emperador,
llamó á la bella Berenice un día
y le dijo: «Hija mía,
»hasta aquí hemos llegado.
»Yo no podo vivir como vivía.
»Hoy me debo á mi pueblo y al Estado.
»Es inútil que llores. Vete pronto,
»que si yo como amante he sido un tonto.
»hoy ya es cosa resuelta,
»por fortuna sé bien lo que me pesco.

»Conque abur, hija mía, ¡hasta la vuelta»!
¡Y al Asia la mandó con viento fresco!

—

Libre ya de cuestiones y belenes,
se dedicó á reinar como hombre honrado,
y hubo ocasión en que entregó sus bienes,
para enjugar las deudas del Estado.
Por hacer un favor se desvivía.
Daba ciento por uno.
Y cuéntase que un día, en que no había
hecho favor ninguno,
como al irse á la cama se acordase,
dijo esta hermosa frase:

«¡Cuánto lo siento! Por desgracia mía,
¡hoy he perdido el día!

Y hay por ahí monarca que no cito,
á quien aclama multitud absorta,
que nunca pierde un día, como Tito,
¡pierde un semestre! pero no le importa...

—

Llovieron sobre Roma, en su reinado
—que tan solo dos años á durado,—
cien mil calamidades
en las que Tito, siempre denodado,
prodigó cariñoso sus bondades.
Un incendio voraz en Roma toma
tan atroz incremento,
que la mitad de Roma
se convierte en pavesas al momento...
Una terrible peste, azote insano,
amaga no dejar bicho viviente
en el pueblo romano....
Y del Vesubio entre la lava hirviente
sepúltanse Pompeya y Herculano.

.....

Me parece, lector, que el caso era
para temblar cualquiera.
Mas no por eso á Tito le intimida

tanto dolor. Pues su deber no olvida,
y con ánimo fuerte
pone en peligro su preciosa vida
para salvar á muchos de la muerte.

—

Perdida la salud, con el deseo
de hallar el dulce bienestar que ansiaba,
se retira á una quinta de recreo.
Mas la fiebre aumentaba,
llegando la terrible calentura
á acusar en diversas accesiones
cuarenta grados de temperatura
y ciento treinta y cinco pulsaciones.
Al olor de la muerte, Domiciano
corrió en seguida al lado de su hermano,
y dijo al ver á Tito:
«¡La fiebre te devora! ¡Pobrecito!
»Los médicos no saben... Yo te curo,
»pues conozco un remedio que es seguro.
»Verás como te agrada;
»nada, hermano, te inquiete...»
Y sin dejarle contestar, le mete
en una enorme pila de agua helada.

Tito cerró los ojos, no habló nada,
¡y falleció en estado de sorbete!

—

De este modo el infame Domiciano.
consumó su delito,
¡y así murió el emperador romano
FLABIO SABINO VESPASIANO TITO!

ÍNDICE

	Páginas.
A quien leyere ó á quien oyere leer.	1
Demóstenes	5
Petrarca	31
Séneca	53
E-pa-mi-non-das	71
Zeuxis	87
Paulo Emilio	101
Catón de Útica	127
Saladino	147
Diógenes	163
Fabricio	183
Lúculo	203
Tito	233

OBRAS DEL MISMO AUTOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)

Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La viuda del zurrador [1], parodia en un acto y en verso.

El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original. (Sexta edición.)

Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original.

Noticia fresca [2], juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edición.)

Tras del pavo [3], apropósito en dos actos y en prosa, original.

Paciencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.

Calvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.

Con la música á otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Tercera edición.)

Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.

Llovido del cielo, comedia en dos actos y en verso, original (Tercera edición.)

Periquito [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adios, Madrid! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adios, Madrid! [1], refundida en dos actos.

De tiros largos [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

El medallón de topacios [2], drama cómico en un acto y en verso, original.

La primera cura [1], comedia en tres actos y en verso original.

La primera cura [1], refundida en dos actos.

La calandria [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapi. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [1], novela cómico dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Prestón y compañía [4], sainete en un acto y en verso, original.

Parientes lejanos, comedia en dos actos y en verso, original.

Carta canta, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [1], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Las codornices, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)

De todo un poco [5], revista cómico lírica en nn acto y siete cuadros en prosa y verso, original.

Juego de prendas, juguete cómico en dos actos y en prosa original. (Segunda edición.)

Tiquis-miquis, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

¡Un año más! [5], revista comico-lírica en un

acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Pensión de demoiselles [5]. humorada cómico lírica en un acto y en prosa, original.

San Sebastián, mártir, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Parada y fonda, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Novena edición.)

Boda y bautizo [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original

El viaje á Suiza [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

Perecito, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La almoneda del 2.º [1], comedia en dos actos, original y en prosa.

Coro de señoras [1], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Los tocayos, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición,)

Los lobos marinos [1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El sombrero de copa, comedia en tres ac-

tos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El señor gobernador [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El sueño dorado, comedia en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición,)

Su excelencia, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

El rey que rabió [1], zarzuela cómica, original en tres actos, en prosa y verso, música del mastro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Villa-Tula (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen.*

Zaragüeta, [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Chifladuras, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)

La rebotica, sainete en prosa, original. (Cuarta edición)

La praviana, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Venta de baños, sainete en un acto y en prosa, original.

La Marquesita; comedia en un acto y en prosa, original.

La sala de armas, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

El afinador, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Todo en broma, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Tercera edición aumentada.)

Bagatelas, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona,—Primera edición.

Ni fu, ni fa, versos.—Ilustraciones de B.

Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili —Barcelona.—Primera edición.

Pamplinas, versos.—Colección Diamante. —Antonio López.—Librería Española.—Barcelona.—Primera edición.

---

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
2 Idem íd. José Estremera.
3 Idem íd. José Campo-Arana.
4 Idem íd. Eusebio Blasco.
5 Idem íd. Miguel Echegaray.

LS
A991pl
262689
Author Aza, Vital
Title Plutarquillo

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU